

Selección TERROR

SE VENDE UN ASESINO

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

450 — El bebedizo infernal, *Adam Surray*.
451 — Asesinatos en el Soho, *Donald Curtis*.
452 — Hotel infierno, *Adam Surray*.
453 — Maquiavélica, *Frank Caudett*.
454 — La bahía del horror, *Joseph Berna*.

CLARK CARRADOS

SE VENDE UN ASESINO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 455
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.282 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1981

© Clark Carrados - 1981
texto

© Bernal - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

En la oscuridad de la noche se oyó un leve ruidito y el señor Lexington P. Grover se despertó un tanto sobresaltado.

Su esposa, que dormía junto a él, notó sus movimientos y se despertó también.

—¿Qué pasa, Lex? —preguntó, con voz torpe de sueño.

—No sé... Me ha parecido oír un ruido...

—¿Ladrones? —murmuró ella temerosamente.

—¿Aquí? Podría ser, pero me extrañaría.

El ruido se repitió. Grover echó a un lado las ropas de la cama, se puso las zapatillas y un batín, y abandonó el dormitorio, para descender a la planta baja, de donde procedían aquellos ^tranquilizadores sonidos.

Al pasar por la sala, agarró el atizador de la chimenea. Era un hierro que, bien manejado, podía resultar un arma temible. Grover fue a la cocina, pero no encontró nada sospechoso. Puertas y ventanas estaban cerradas y el interior de la casa ofrecía un aspecto enteramente normal.

Volvió sobre sus pasos, intrigado por aquel ruido, cuyo origen no alcanzaba a comprender. En un principio, le había parecido el quejido de un animalito de pequeñas dimensiones, un gatito o algo por el estilo, pero en la casa no había animales domésticos, ni siquiera un perro de guarda. De pronto, vio algo y se tranquilizó.

—Ah, es eso... — murmuró.

Estaba allí, al pis de un diván, sonriendo con una mueca perpetua. Meneó la cabeza comprensivamente. Su hija era, a veces, muy descuidada; claro que resultaba comprensible, si se tenía en cuenta su edad: cuatro años escasos.

Un coche pasó rápidamente por la calle en aquellos momentos la luz de sus faros penetró durante un segundo a través de Ía ventana. Grover se volvió instintivamente.

En aquel instante, sintió algo así como dos pinchazos en el tobillo. Se rascó maquinalmente, maldiciendo a los insectos que, pese a todas las precauciones, conseguían sobrevivir en el interior de Ía casa. Pateó el suelo, pero no halló rastros del bichito que le había picado.

Luego se rascó un poco, encogiendo la pierna derecha,, de modo que quedaba a la pata coja. Después, notando que se pasaba la sensación, se dispuso a regresar al dormitorio.

El muñeco quedó de nuevo sobre el diván. Grover volvió al piso superior, se quitó la bata y las zapatillas y volvió a meterse en la cama.

—¿Qué era, Lex? —preguntó su esposa.

—Nada, el muñeco que le compraste a la niña. Debía de tener algo de cuerda todavía y se movió un poco..

—Es eléctrico, Lex.

—Bueno, se dispararía e! mecanismo por algún defecto de fabricación,

Pero es lo mismo... — Grover bostezó—. Tengo sueño, querida...
Se estiró en la cama, cerró los ojos y a los pocos momentos se había dormido de nuevo. Su esposa también se durmió.
Una hora más tarde, un noctámbulo, en cuyo cuerpo había una buena dosis de alcohol, vio algo que se movía por la calle. Barry Kegg contempló incrédulo el diminuto ser que caminaba por la acera, con la gravedad de una persona mayor.
Kegg soltó una risita.
—Yo soy Gulliver y estoy en el país de los enanos —dijo—. Hola, pequeñín, ¿cómo estás?
El ser continuaba andando. Kegg tuvo que agarrarse a una farola para no caer al suelo. En el bolsillo de su raída gabardina tenía una botella mediada y la sacó, para echarse al coleto un buen trago. Después de beber, alargó la mano hacia el hombrecillo que se movía a unos pasos de distancia.
—¿Un traguito, enano? —dijo tartajosamente—. ¿Que no te gusta beber? Bueno, tú te lo pierdes.
Kegg se interrumpió para eructar un par de veces. Cuando se recobró, aquel diminuto personaje se había perdido de vista.
—Sufro de alucinaciones —murmuró—. No soy Gulliver ni he visto a ningún enano...
Hizo un esfuerzo, se separo de la farola y caminó haciendo eses, hasta llegar a una plaza cercana en la que había unos bien cuidados jardines También había bancos y uno de ellos le sirvió para dormirla borrachera.
A las siete de la mañana, como todos los días, sonó el despertador en el dormitorio de los Grover.
El señor Grover no se movió. Su esposa, Paula, le dio un leve codazo
—Arriba, Lex; ya es la hora —dijo.
Grover no contestó. Paula le tocó con la mano.
Entonces notó algo que la asombró extraordinariamente. Volvió a insistir en el gesto v comprobó la dureza casi pétrea del brazo de su esposo.
Y, además, estaba frío.
Lentamente, se incorporó en la cama y volvió el rostro. Entraba por la ventana una claridad suficiente y lo que vio le hizo lanzar un estridente alarido.
Paula Grover continuó chillando mucho rato.

* * *

La gente se agolpaba ante la casa de los Grover.
Había policías, fotógrafos, periodistas... También se veían en la acera un par de coches de patrulla y una ambulancia. Los comentarios eran muy excitados y brotaban de todas las bocas. Nadie, sin embargo, sabía a ciencia cierta qué había sucedido, excepto que el señor Grover había fallecido de una forma misteriosa y que su esposa estaba bajo los efectos de un terrible ataque

de histeria, del cual no se había recuperado todavía. En cuanto a la única hija del matrimonio, habla sido acogida por unos vecinos, a fin de evitarle las molestias lógicas del caso.

Un hombre, joven y bien parecido, llegó al lugar del suceso y trató de averiguar lo que sucedía.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Un asesinato —contestó alguien.

—La esposa lo degolló mientras dormida.

—No, mujer; lo estranguló...

—Ninguno de los dos habéis acertado la verdad —intervino un tercero—. Cuando él dormía, ella lo roció con alcohol y luego le tiró una cerilla encendida.

—No seas animal. Si hubiera hecho eso, la casa habría ardido y no se ve rastro de los bomberos...

Mark Brady oyó aquellos comentarios y “meneó la cabeza. Si el dueño de la casa hubiese encontrado una piedrecita, aquellos curiosos habrían dicho que lo que había hallado en realidad era una montaña.

Un policía salió de la casa en aquel momento y se abrió paso entre los espectadores. Brady lo conocía y trató de acercarse.

—Sargento... —llamó.

El policía le vio y torció la boca.

—Hola, señor Brady —dijo—. Ha ocurrido algo horroroso y lo peor de todo es que el forense no sabe cómo explicárselo. Sospecho que mi jefe, el teniente Bawmer, va a tener mucho trabajo para aclarar este asunto.

—Ah, se trata de un asesinato...

—No lo parece, aunque podría ser —respondió el sargento Wyllens—. El aspecto del muerto no tiene nada de agradable. Está tieso como un palo, con la dureza del hierro y, además, completamente negro. Se comprende que su esposa esté medio loca. Despertarse por la mañana, al lado de una cosa así, es una experiencia que no se la desearía ni al peor de mis enemigos. Bueno, señor Brady, dispénseme, pero tengo trabajo.

—Gracias, sargento.

Brady se dispuso a reanudar su camino. Se había detenido allí, porque le pillaba de paso para regresar a su casa, a un par de manzanas de distancia, pero no sentía excesivo interés en un asunto que era de la exclusiva competencia de la poli cía. El tenía otras cosas de las que preocuparse, pensó.

Avanzó unos pasos. De pronto, oyó una exclamación casi obscena.

—¡Apártate, vieja asquerosa!

Brady se sobresaltó. Alguien soltó una risita.

—Bill, a lo mejor quería conquistarte —dijo otro.

—Eres muy guapo y las tienes como las moscas en la miel —rió un tercero.

Brady vio a tres jóvenes, ninguno de los cuales había cumplido aún los dieciocho años, a pocos pasos de distancia, rodeando a una anciana de

blancos cabellos, modestamente vestida, que necesitaba apoyarse en un bastón para caminar. Sin duda, uno de aquellos muchachos había tropezado con ella y ahora se sentía muy furioso, no sólo por el encontronazo, sino por las burlas de que era objeto por parte de sus compañeros.

Eran muchachos que, sin duda, pertenecían a familias distinguidas, y a los que no se les negaba ningún capricho, dedujo. Uno de aquellos chicos le quitó súbitamente el bastón a la anciana.

—Vamos a hacer que baile —exclamó.

—Sí, sí, que baile —dijo otro, riendo—. Pero con Bill. ¿Eh, Bill, la sacas a bailar?

El primero sonrió perversamente.

—No es mala idea. —Se acercó a la anciana y pasó una mano por su cintura—. ¿Bailamos, momia?

Brady apretó los labios. Las cosas habían ido demasiado lejos.

Dio un par de zancadas.

—Dejad a esa pobre mujer —ordenó.

Los chicos le miraron atónitos.

—Hombre, el caballero andante —dijo uno de ellos burlonamente.

—¡Baila, Bill! —gritó el otro.

—¡Vamos, vieja, baila conmigo! —gritó Bill Dennel.

Brady salto hacia él, le separó violentamente y lo derribó de un puñetazo,

—Déjala, maldita sea —gritó, colérico.

En aquel instante vio, con el rabillo del ojo, que otro de los chicos, el que habla quitado el bastón a la anciana, se disponía a golpearle. Brady giró en redondo, le arrebató el bastón de un tironazo y luego le asestó un terrible golpe con la punta en el estomago.

El muchacho se dobló sobre sí mismo. El otro vio las cosas mal dadas y echó a correr.

—Largo, bestias —dijo Brady.

Dennel se levantó y le miró torvamente.

—Me las pagarás, hijo de perra —dijo.

Su compañero continuaba agachado, gimiendo sordamente. Dennel dio media vuelta y se marchó. El otro le siguió a trompicones, sin dejar de quejarse.

Al cabo de unos instantes, Brady devolvió el bastón a su dueña.

—Lo siento de veras, señora —sonrió.

Ella le miró dulcemente.

—Gracias, joven. Me ha librado de una situación verdaderamente desagradable. Los chicos de hoy día no tienen respeto a nada ni a nadie. Están horriblemente mal educados y...

—Es del lodo cierto —convino Brady—. ¿Quiere que la acompañe a su casa, señora?

—No, gracias, puedo caminar sin dificultad —contestó ella—. Además, vivo muy cerca. Gracias de todo corazón. Me llamo Sara Telford y siempre

recordaré con agrado su valerosa intervención.

—No tuvo importancia —dijo él—. Me llamo Mark Brady y también vivo muy cerca., en el mil trescientos once, para, ser exactos. ¿De veras no necesita que la acompañe, señora Telford?

—No, gracias. —Sara levantó el bastón—. Aquélla es mi casa. Si un día le apetece, venga a tomar una taza de té conmigo, señor Brady.

La anciana reanudó su camino. Brady sonrió ligeramente y echó a andar. Un par de minutos más tarde, estaba en su casa y se dispuso a prepararse el desayuno.

CAPITULO II

Estaba repasando unos papeles cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta. Conteniendo un gesto de disgusto, se quitó las gafas de lectura, se puso en pie y se dispuso a abrir.

Cuando lo hubo hecho, vio a una encantadora muchacha que estaba parada en el umbral. Debía de tener veintidós años, como máximo, calculó, y su pelo era de color rubio oscuro, largo y suelto. Vestía un tanto descuidadamente, pero su indumentaria no podía ocultar del todo las líneas de un cuerpo admirablemente formado.

—¿Qué desea, señora? —preguntó.

—Soy Diana Ralston, del *Totalphone Weekly* —se presentó ella—. ¿Puedo hablar un momento con usted, señor Brady?

—Ah, conoce mi nombre...

Diana se echó a reír.

—Figura en el rótulo de la entrada de su jardín —contestó.

—Tiene razón, lo había olvidado. Entre, señorita Ralston. Debo deducir, dada su corta edad, que todavía es soltera.

—Afortunadamente, lo soy —repuso ella con desenvoltura.

—Algunos tontos no saben lo que se pierden —dijo él con jovial acento—. Y bien, señorita, ¿en qué puedo servirla? ¿Qué es eso del *Pentalphone*...?

—*Totalphone* —corrigió Diana—. Es un semanario en el cual trabajo y mi director me ha enviado a este barrio, para interrogar a sus habitantes, acerca del horrible suceso ocurrido durante esta madrugada.

—Ah, se refiere usted a la muerte de Grover.

—Exactamente. ¿Qué sabe de ello, señor Brady?

—Nada, prácticamente nada. Pasaba por allí, de vuelta a mi casa, cuando me encontré con el jaleo. Oí decir a un policía que la muerte se había producido muy misteriosamente y eso es todo lo que sé.

Diana tomaba notas taquigráficamente en una libreta.

—¿Conocía al difunto? —preguntó.

—No, ni siquiera de vista. Llevo poco tiempo aquí, en Westbcrough. No he hecho amistades todavía.

—Un hombre retraído, ¿eh?

—No precisamente, aunque tampoco me mato por entablar relación con los vecinos. Tengo mi trabajo, ¿sabe?

—Ya. ¿Sabe que Grover ha muerto de una forma particularmente horrible? Su esposa se lo encontró en el lecho, frió, tieso como un poste y con todo el cuerpo negro. Por ahí se rumorea que fue picado por una serpiente venenosa.

—¿Aquí? ¿En este barrio? —Se sorprendió Brady—. Podría ser, pero me extrañaría muchísimo.

—¿Por qué, señor Brady? ,

—Verá, Westborough es un barrio residencial, habitado, en general, por

gentes de nivel más bien alto. Gente con dinero, en suma. En esta clase de barrios, lo más que puede haber son perros de raza, gatos siameses, algún canario... pero me extrañaría encontrar siquiera una mosca. Todo está perfectamente cuidado, perfectamente controlado, con una higiene y una limpieza incluso excesivas... No creo en la historia de una serpiente venenosa.

—Entonces, ¿qué fue, en su opinión?

—No soy forense, señorita.

Diana sonrió.

—Va a resultar un caso muy apasionante —dijo, a la vez que cerraba la libreta.

—Para usted, supongo.

—Y para mi revista, naturalmente.

—Nunca la oí nombrar —observó Brady.

—Es relativamente nueva y luchamos por aumentar la tirada. Esta muerte nos proporcionará muchos lectores. —Diana hizo un gesto con la mano—. No me tome por desalma da; las cosas son así y yo no puedo evitarlo,

—Claro, claro —dijo Brady comprensivamente.

Ella paseó la mirada por el interior de la estancia.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó.

—Soy filósofo.

Diana respingó.

—¿Filó..sofo?

—Derivado de filosofía que como usted no ignora seguramente, es una palabra que significa amigo de la sabiduría.

—Tan joven —se admiró Diana.

—Veintinueve años bien cumplidos —puntualizó Brady.

—Pues parece un atleta, más que un filósofo.

—Bueno, hubo un tiempo m que me gustó el deporte Aparte de ello, nací y me desarrollé con esta figura y, claro, ya no voy a cambiarla.

—Ni se lo aconsejaría —rió ella—. ¿Ya no hace deporte?

—No, aunque, ordinariamente, madrugo un poco y camino entre cinco o seis kilómetros; no a paso gimnástico, sino paseando sin prisas. Así muevo un poco el cuerpo y, además tengo tiempo para pensar.

—En sus filosofías.

—Y en las periodistas encantadoras, con las qué uno no tiene la suerte de conversar a diario.

—Es que no todos los días se producen muertes misteriosas, señor Brady.

—Pero hay restaurantes que sí están abiertos todos los días, señorita Ralston.

—¿Está tratando de conseguir una cita conmigo?

—Por lo menos, para cenar, una noche, la que usted elija.

Diana le miró oblicuamente.

—Yo creí que era un filósofo, no un conquistador —dijo, maliciosa.

—No son cualidades incompatibles.

—No, pero cualquiera pensaría que está tratando de seducirme.

—De momento sólo la invito a cenar. Después...

Ella Se tendió la mano.

—Fin de la conversación. Gracias por amabilidad —dijo.

Brady se apoyó en la jamba de la puerta cuando ella había salido ya.

—Señorita Ralston, no olvide que una de las reglas principales de la filosofía consiste en vivir lo mejor posible.

—Sí, pero conformándose con lo que uno tiene —replicó agudamente.

—O sea, no la tengo a usted. Para una cosa, claro.

—Deje que lo piense. Adiós.

Brady sonrió mientras ella cruzaba el jardín para dirigirse al coche que había estacionado junto a la acera. Cuando hubo desapareció de su vista, lanzó un suspiro, entro en casa de nuevo, se puso las gafas y reanudó su interrumpido trabajo, olvidándose muy pronto de la visitante y de la muerte de Lexington P. Grover.

* * *

Entró en la casa con todo cuidado, evitando hacer el menor ruido. Bill Dennel sonrió para sí, imaginándose en aquellos momentos que era un marido que volvía de parranda y que no quería hacer ruido para despertar a su esposa malhumorada y gruñona. El hecho de llevar los zapatos en la mano contribuía poderosamente a la comparación mental, que hacía de sí mismo con aquel hipotético marido juerguista.

Lo cierto era que Bill temía las reacciones de su padre. Si le sorprendía a las dos de la mañana, cuando creía qué estaban durmiendo en su habitación, le organizaría una buena. El señor Dennel era hombre de genio muy vivo y Bill, pese a lo desenfadado de su conducta, le temía como al mismísimo diablo.

Uno de sus posibles temores consistía en el corte radical de su asignación semanal. ¿Qué haría él, entonces, sin un dólar en el bolsillo? El señor Dennel, además de cierta potencia económica, tenía muchas amistades y era capaz de cortarle el crédito en todos los lugares a los que pudiera acudir. Lo mejor era no hacer ruido y meterse en la cama, como si no hubiera pasado nada.

Lentamente, subió al primer piso, pisando de puntillas, a pesar de que iba descalzo, y se metió en su habitación. Cuando cerraba la puerta, sintió un pinchazo en el tobillo.

Estuvo a punto de lanzar una maldición, pero se contuvo, pensando en que no le convenía armar escándalo. A oscuras, saltando a la pata coja, se acercó a la cama y, tras desvestirse, se metió dentro y procuró conciliar el sueño.

Koward Dennel frunció el ceño a la mañana siguiente, cuando vio que su hijo no comparecía a la mesa.

—¿Dónde está BilI? —preguntó.

—Durmiendo, supongo —le respondió su esposa.

—Mildred, sabes que no me gusta que Bill falte al desayuno —dijo el

señor Dennel—. Ese muchacho se está torciendo y si no le enderezamos, ahora que es tiempo todavía, acabará muy mal.

—Bueno, es joven, está de vacaciones y no pasa nada porque se quede un poco más en la cama...

Dennel dio un puñetazo en la mesa.

—Cuando yo tenía su edad, no disfrutaba de vacaciones: me iba a trabajar con mi padre, y así llegué a conocer bien el negocio, y gracias a ello hemos progresado y alcanzado esta envidiable situación. Bill, por tanto, hará lo mismo, para que el día de mañana pueda seguir con el negocio, y engrandecerlo más, si es posible. De modo que sube a su habitación y hazle bajar inmediatamente, ¿has entendido?

La señora Dennel suspiró.

—Sí, querido, lo que tú quieras —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—Y, si es preciso, arrójale un cubo de agua.

—Está bien, querido.

—Los Dennel vivían muy bien; incluso teman cocinera y doncella. Esta apareció en el comedor.

—Señor, ¿sirvo ya el desayuno?

En ciertos aspectos, Dennel era un poco anticuado y toda vía usaba reloj de bolsillo, con cadena que cruzaba el chaleco. Sacó el reloj, consultó la hora y meneó la cabeza.

—Todavía podemos esperar cinco minutos —dijo.

—Bien, señor.

La doncella inició la retirada. En aquel instante, y procedente del piso superior, llegó un horripilante alarido.

Dennel y la sirvienta miraron un instante hacia arriba. El grito, más bien un aullido que no tenía nada de humano, volvió a repetirse.

El señor Dennel se precipitó fuera del comedor y empezó a subir la escalera. ‘Entonces vio a su mujer, horriblemente pálida, con el rostro desencajado y las manos aferradas a la barandilla.

—¡Mildred! —gritó—. ¿Qué sucede?

—Oh, Howard... —gimió ella—. Bill... Nuestro Bill...

La señora Dennel no pudo terminar, porque se había desmayado. Su esposo apenas si tuvo tiempo de recogerla en brazos, antes de que empezara a rodar por la escalera.

María, la doncella, ansiosa de ayudar, pasó junto al matrimonio y se lanzó hacia la habitación del muchacho. Un segundo más tarde, lanzaba un espantoso chillido y salía de la Habitación, tambaleándose como si estuviese embriagada. De pronto, se apoyó en la pared frontera con ambas manos y, sacudida por incontenibles arcadas, empezó a vomitar.

* * *

Regresaba de su paseo matutino, cuando se encontró con un jaleo

semejante al de un par de semanas antes.

Brady parpadeó, asombrado. ¿A qué venían tantos curiosos, citando apenas eran las ocho de la mañana?

Se acercó un poco más y oyó algunos comentarlos. También divisó coches de la policía y una ambulancia. Miró ha da la lujosa casa del fondo, apenas visible entre lo del jardín, y comprendió que allí vivía algún personaje de importancia. Algo grave había ocurrido, sin duda.

Esta vez, sin embargo, no se entretuvo a escuchar. Siguió andando y, a los pocos pasos, vio una cara conocida.

El simpático rostro de Sara Telford se iluminó con una dulce sonrisa.

—¿Cómo está usted, señor Brady? —saludó.

El joven tomó su mano y la besó galantemente.

—Esta visión tan reconfortante, apenas empezado el día, le reconcilia a uno con las cosas desagradables de la existencia —dijo.

Sara rió suavemente.

—Quite, quite... ¿Adónde voy yo, con mis años? Ya soy vieja y tengo frío en los huesos... y el peto blanco y arrugas en la cara...

—Pero su corazón es joven, señora.

—Oh, está más cansado de lo que se imagina. —Sara le miró de soslayo—, Mark, si me permite llamarle así...

—No sólo se lo permito, sino que se lo exijo. ¿Qué: iba a decirme, señora Telford?

—Una cosa muy simple: si tiene ganas de conquistar a alguien, busque a una joven que merezca la pena. Deje tranquila a esta pobre vieja...

Brady se puso junto a la anciana y la cogió delicadamente por el brazo.

—Lo único que pretendo es charlar un rato con usted, si no tiene inconveniente —respondió.

—Bueno, eso no cuesta mucho. Y se lo agradezco, porque estoy sola y ya no tengo nada que esperar de este mundo, ¿sabe?

—De modo que sola, ¿eh? ¿Estuvo casada?

—Sí —suspiró ella—, rue un hombre maravillo; pero falta ya hace seis años.. Y me han parecido seis siglos, Mark.

—Pero tendrá hijos y, seguramente, nietos...

Sara hizo un gesto negativo.

—No tuvimos hijos —contestó melancólicamente—. Además, yo era la más joven de todos los hijos y mis hermanos murieron también. Sí, ellos tuvieron hijos, mis sobrinos, pero... ¿quién se acuerda ya de una vieja solitaria y chiflada? Además, no soy rica; vivo modestamente de la pensión que me dejó mi difunto esposo y los pocos bonos que poseo no llaman la atención a mis sobrinos.

—Vamos, usted quiere decir que, como no es una tía rica, los sobrinos no tienen interés en usted.

—Exactamente, Mark; así es la vida, ¿y por qué vamos a quejarnos? Es como lamentarse de que las olas golpeen las rocas de la orilla, ¿verdad?

—Filosofía se llama esa figura —comentó Brady sonriendo.

—Sí, la necesitó ya, a mis años, créame.

Sara se detuvo de pronto y sonrió.

—Está bien, ya hemos llegado a mi casa —añadió—. ¿Quiere entrar a desayunar conmigo?

Brady vaciló un instante. Aquella dulce anciana, tan solitaria, parecía necesitada de compañía y de afecto. Estaba claro que le había tomado bastante simpatía y, por otra parte, su trabajo no estaba sujeto a un horario rígido.

—Sí, ¿por qué no? —accedió finalmente.

CAPITULO III

Cuando llegó a su casa, vio a Diana aguardándole en la entrada.

—Hoy se ha retrasado en su paseo —sonrió la chica.

—Es una afirmación parcialmente incorrecta —dijo él, mientras insertaba la llave en la cerradura—. Volví a la hora habitual, más o menos, pero alguien me invitó a desayunar y acepté.

—Oh, no es una invitación muy corriente. Si hubiera sido la hora de la cena...

Brady abrió la puerta y se echó a un lado.

—Entre —dijo—. En cuanto a la hora de la invitación, por ser de quien era, me pareció muy adecuada.

—¿Una mujer?

—Sí. Encantadora.

—Vaya, al fin resulta que es un conquistador.

—No lo crea, es ella quien me ha conquistado.

—¿Una pócima amorosa?

Brady sonrió.

—Vamos a la cocina; voy a poner la cafetera al fuego —eludió la respuesta.

Diana le siguió.

—¿Conozco a la dama? —inquirió.

—¿Publicaría algo en su revista?

—Si merece la pena, ¿por qué no?

—Entonces, también se ocupa de chismes y rumores.

—A veces, no siempre.

—Yo no soy personaje que merezca unas líneas en una revista, ni aun en la suya.

—¿Y ella?

—Tampoco, aunque no se lo he consultado, claro.

Diana se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa de la cocina.

—Ha desayunado con ella... —Miró su reloj—. Son más de las diez de la mañana. El marido no estaría, supongo.

—No sea mal pensada. Es viuda.

—Oh, un bocado aún más apetitoso...

—Diana, ¿me permite decirle una cosa?

—Claro, Mark.

—Si sigue hablando así, le daré una buena zurra en el trasero. Ella es una mujer absolutamente respetable.

—Lo siento —se disculpó la chica—. Todo fue una broma. Pienso que usted es un hombre íntegro y que no aceptaría verse envuelto en determinadas situaciones.

—Gracias, Diana.

Brady preparó dos pocillos y sirvió el café. Diana tomó un par de sorbos y luego dijo:

—Mark, supongo que sabe por qué estoy aquí.

—Algo he oído, pero no conozco detalles —respondió él.

—Se llamaba Bill Dennel. Era hijo de una de las mejores familias de Westborough .

Brady respingó.

—¿Ha dicho Dennel? —exclamó.

—Sí. ¿Lo conocía?

—Lo conocí en circunstancias poco agradables. Hace una semana tuve que atizarle un buen puñetazo.

—¡Caramba! —Se sorprendió Diana—. No sabía que le gustase golpear a chiquillos...

—Poco a poco —protestó el joven—. Bill tenía ya casi dieciocho años y era todo un hombre, al menos en lo físico, aunque no se pudiera decir lo mismo de su mente. Él, con dos compinches más de su edad, estaban burlándose de una pobre anciana y eso fue lo que me hizo intervenir.

—Oh, disculpe.

—Lo único que sé de Bill es lo que sucedió el otro día. ¿Qué sabe usted?

—Ha muerto de la" misma misteriosa enfermedad que Grover.

—¿Enfermedad?

—El forense ha hablado de una dolencia producida por la picadura de un animal no identificado hasta ahora. Muchos suponen que se trata de una serpiente venenosa y el forense, en principio, se siente inclinado a aceptar la historia, aunque no de una forma absoluta.

—De modo que no están seguros de que haya sido una serpiente.

—Realmente, no, pero la vox populi así lo cree. Es más, han exigido de la policía que busquen al animal y lo maten a cualquier precio. Incluso se habla de patrullas de vecinos que tratarán de encontrar al reptil, antes de que cause más víctimas.

Brady apuró su taza de café y sacó cigarrillos. Después de encenderlos, hizo una pregunta a su atractiva visitante:

—Diana, ¿cuál es su opinión profesional?

—La verdad, no creo demasiado en la serpiente, máxime cuando en más de mil millas a la redonda, no hay ningún circo e, incluso, el último que estuvo aquí, hace siete meses, no llevaba entre sus animales ningún reptil que pudiera haberse escapado accidentalmente.

—Es decir, no figuraba ningún número con la clásica domadora de serpientes.

—No. Había leones, osos, elefantes, caballos, perros amaestrados..., pero ni una serpiente.

—Puede ser que haya venido accidentalmente de otra parte, ¿no cree? Los animales, a veces, tienen comportamientos incomprensibles.

—¿Cree que pudo desorientarse?

—Tal vez. Acaso sufrió el ataque de un ave de presa, que no la mató, pero sí le causó algunas lesiones, que, de alguna manera, afectaron a su cerebro o al sistema nervioso... Si fue así su comportamiento diferiría por completo del normal en un ser de su misma especie. Incluso, si estaba en el desierto y fue afectada por radiaciones...

—Radiaciones —dijo ella pensativamente—. ¿Qué radiaciones?

—Bueno, el desierto está muy lejos, a más de trescientos kilómetros de distancia... y en el pasado se efectuaron alii pruebas atómicas.

— Una teoría muy interesante —observó Diana—. ¿Me permite que la exponga en mi revista?

—No hay inconveniente, pero consulte antes con un cien tilico. Yo sólo soy un filósofo, recuerde.

Diana sonrió y se apeó de la mesa.

—Un filósofo que las arrebata —dijo—. A título privado, ¿quién es la dama con la que ha desayunado?

Brady la miró de pies a cabeza.

—Galantemente, no 1e he preguntado su edad, pero podrían «construirse» tres y pico como usted, si sólo se tratase de años y no de entidades corpóreas.

—Ah, es una anciana... ¿La misma del incidente con Bill Dennel?

—Sí.

—Y se han hecho amigos.

—Nos encontramos al volver de mi paseo matutino, me invitó a desayunar y, puesto que no tenía otra cosa que hacer, acepté.

—Comprendo. Bien, gracias por todo, Mark. Y echaré mano de su teoría sobre la serpiente.

—Como quiera; no le pediré derechos de autor —contestó él jovialmente.

* * *

Al día siguiente, después del almuerzo, vio a unos cuantos hombres que hurgaban con palos en su jardín. Todos ellos llevaban gruesos guantes y recias botas de cuero y de goma. Algunas de las botas eran de pescador y llegaban a la cintura.

Brady se enojó, abrió la ventana y lanzó un grito.

—Eh, ¿qué hacen en mi jardín?

Un hombre se destacó del grupo.

—Disculpe, señor Brady; estamos buscando una serpiente venenosa.

El joven hizo un fruncimiento de cejas. Durante unos segundos contempló fijamente al sargento Wyllens.

—¿De veras existe ese animal? —preguntó al cabo.

—Nos sentimos muy alarmados, créame —respondió Wyllens—. Además, también lo hacemos por su propia seguridad.

—Hombre... Sargento, no es que yo sea un maniático de los jardines, pero... procuren no estropearlo demasiado.

—No se preocupe; trataremos de ser cuidadosos.

Brady abandonó la ventana y salió fuera de la casa. Wyllens le miró reprobadoramente.

—Debería ponerse unas botas fuertes, señor —dijo.

—Sargento, no creo que la serpiente me ataque, y menos en pleno día —contestó el joven—. ¿De veras cree en su existencia?

Wyllens guiñó un ojo, levantó el otro al cielo, se pellizcó la nariz, se rascó el cogote y acabó por contestar.

—Señor Brady, como creer, suelo creer nada más en lo que veo, huelo o toco, y no he visto, olido o tocado la serpiente. Pero he visto, en cambio, los dos cadáveres y he podido apreciar las señales de dos pequeños colmillos en cada tobillo izquierdo. Dado que parece que la muerte se ha producido por envenenamiento, parece lógico pensar en la existencia de un reptil mortífero. Pero...

—Siempre existe un pero, ¿verdad? —sonrió Brady.

—Hay algo que trae de cabeza al forense y a un par de médicos interesados en el asunto. Las mordeduras de serpiente venenosa, y más si son mortíferas y la muerte no se produce instantáneamente, sino al cabo de algunas horas, provocan una gran hinchazón del cuerpo y no digamos del miembro afectado. En éstos, sin embargo, no se ha observado hinchazón, sino solamente una enorme rigidez, que convertía prácticamente los cadáveres en trozos de leño. Y ello sin contar con la coloración casi negra de la piel, cuyas causas no se sienten capaces de determinar los médicos.

—Extraño de veras, en efecto —concordó el joven—. Pero quizá la mutación sufrida por el reptil ha afectado también a su veneno.

—¿Mutación? — repitió Wyllens, atónito.

Brady le explicó la teoría que había expuesto a la periodista. El sargento movió la cabeza afirmativamente.

—Pudiera ser —dijo—. De todos modos, se lo comunicaré al forense. Estoy seguro de que a él no se le ha ocurrido una cosa así.

—Es una hipótesis, no una afirmación —puntualizó Brady

—Hasta ahora nos movemos en el terreno de las hipótesis. Bien, con su permiso, voy a continuar. Disculpe las molestias, señor Brady.

—No se preocupe, sargento.

Brady volvió a la casa y se sirvió una taza de café. Hondamente preocupado, permaneció junto a la ventana, hasta que el pelotón de exploradores dio por terminada su tarea.

Se preguntó si su teoría resultaría válida. Era algo, se dijo, que sólo los auténticos expertos podrían confirmar.

Pero, mientras tanto, en Westborough empezaban a observar algunos cambios sutiles.

Los automóviles rodaban más aprisa que nunca. Apenas si se veían personas por la calle y las pocas que lo hacían caminaban con paso muy rápido, mirando constantemente a todas partes. Raro era el viandante que no

llevaba un palo o un bastón, para defenderse de los posibles ataques de un reptil, contra cuya letal mordedura no existía antídoto posible.

Aquellas observaciones le hicieron saber una cosa: el miedo empezaba a extenderse en Westborough .

CAPITULO IV

Transcurrieron algunos días y aunque las apariencias no se habían disipado del todo, Brady pudo apreciar cierto relajamiento en la tensión ambiental. Todavía no se habían averiguado con certeza las causas de la muerte de las dos víctimas y los sucesos eran algo que estaban siendo barridos por el vendaval de noticias de distinta índole que llegaban de todas partes.

Unos diez días más tarde, Brady salió de su casa, alrededor de las doce del mediodía, para echar unas cartas al correo. Despachada la tarea, decidió darse un paseo hacia la colina más alta que dominaba la población desde el norte y que proporcionaba al viandante la visión de un espléndido panorama. Había recorrido unos quinientos metros, Cuando vio a una dama en una posición un tanto apurada.

Era una mujer joven, de unos treinta años, muy rubia y de figura con numerosos atractivos, la cual estaba de pie, junto a la acera, con las manos en los costados y la vista fija en una rueda deshinchada. Parecía contrariada y Brady adivinó muy pronto las causas de su disgusto.

En aquellos momentos, no tenía nada que hacer, de modo que se acercó cortésmente a la dama.

—Veo que está en un apuro —sonrió—. ¿Puedo ayudarla?

Ella se volvió y Brady vio los ojos azules más hermosos que había contemplado en su vida. Brady se sintió hechizado inmediatamente por aquella atractiva mujer.

—Soy de la ciase de personas que poseen automóvil, pero para quienes ese artefacto resulta tan complicado como una nave espacial para un indio del Amazonas —contestó ella con voz llena de notas musicales—, En resumen, sólo se sentarme tras el volante, dar el contacto y arrancar. Pero no me pregunte por que funciona el automóvil ni qué le hace parase cuando una menos lo espera y, desde luego, ignoro todo completamente acerca del arte de cambiar una rueda sin aire.

—Ah, estima que es un arte.

—Para mí, si —rió ella.

—Bueno, no soy un artista, pero lo aprendí hace tiempo y no en un museo de pinturas precisamente. Si me permite, señora...

—Oh, no quisiera que se molestase por mí, caballero.

—Al contrario, será un placer.

El coche era un lujoso descapotable Mercedes, de color blanco. Brady se quitó la chaqueta, que arrojó sobre el asiento, fue al maletero, levantó la tapa y buscó las herramientas necesarias.

Un cuarto de hora más tarde, había terminado. Sacó un pañuelo y se limpió las manos.

—Puede usted continuar, señora —dijo.

—No sabe cómo se lo agradezco, señor...

—Brady, Mark Brady.

—Soy Sally Thomas y vivo en el número ochocientos diez de High Mountain. Si va en esa dirección, puedo llevarle con mucho gusto, señor Brady.

—Gracias, pero, simplemente, estaba dando un paseo. Hace un tiempo estupendo y me pareció que era una buena ocasión para estirar las piernas.

—Ah, tiene un trabajo sedentario...

—En cierto modo, señora.

Sally sonrió.

—Bueno, no quiero seguir molestándole más. He tenido mucho gusto en conocerle.

—El placer ha sido mío, señora Thomas.

Ella subió al coche y arrancó en e! acto. Brady meneó la cabeza.

—Toda una belleza —murmuró—. Su marido es un hombre verdaderamente afortunado.

Y luego, silbando alegremente, continuó su paseo, sin darle ya mayor importancia al incidente.

* * *

Cuando regresó a su casa, percibió olor a café recién hecho.

—Eh, ¿quién hay a bordo? —gritó.

—Venga aquí, Mark —sonó la voz de Diana Ralston—. Estoy en la cocina.

Brady avanzó unos pasos. Diana retiraba la cafetera de! fuego en aquel momento.

—Es usted un tipo muy descuidado. La puerta no estaba cerrada con llave —dijo la muchacha.

—No hay cosas de gran valor —se defendió él.

—Sus papeles...

—No son el original de una novela de la que se vayan a vender cinco millones de ejemplares. Sólo son trabajos sobre filosofía y eso no interesa a nadie, salvo a los estudios del tema.

Sally llenó dos tazas y le ofreció una. '

—A usted le gusta —dijo.

—No puedo negarlo, aunque tampoco me obsesiona, hasta el extremo de olvidar el resto de las cosas buenas de la vida.

—¿Por ejemplo?

—Usted misma.

—Ah, me considera una cosa...

—Encantadora.

Los ojos de Diana chispearon.

—En algunos momentos, es usted muy poco filósofo —dijo.

—Soy un ser de carne y hueso —contestó él.

—Sí, ya lo veo. ¿Puedo preguntarle si ha venido a darme noticias sobre ciertos sucesos que ya no apasionan tanto a Ía gente como los días precedentes?

—Usted se refiere a las muertes de Grover y Dennel, ¿no es así?

—Efectivamente, Diana.

—Se va olvidando, claro —declaró la chica—. Pero los médicos siguen todavía en la luna.

—Eso quiere decir que no han averiguado la clase de veneno que mató a las víctimas.

—Así es. Mark.

—¿Expuso usted la teoría de la mutación?

—Sí, claro. Incluso hablé con el forense y le mencioné la posibilidad de que la mutación genética hubiese afectado a todo el organismo de la serpiente y no sólo al cerebro, para hacerle perder el sentido de la orientación. El forense me contestó que era posible, pero que, sin el reptil, para un examen a fondo, no se podría comprobar esa teoría. Además, hay otra novedad, sí puede llamarse así en este caso.

—¿Cuál es la novedad, Diana?

—Los muertos estaban rígidos, duros como el mármol. No obstante, esa dureza desapareció a las veinticuatro horas, aunque no la coloración negra de la epidermis.

—Es decir, más confusión para los científicos.

—Justamente, Mark.

—Usted lo lamentará, quizá, dado que no puede escribir más reportajes para su revista —sonrió Brady.

Diana hizo un gesto ambiguo.

—Un día u otro, todos los misterios tienen solución —contestó. De pronto, dijo—: Esa mujer está tardando demasiado.

—¿A qué mujer se refiere usted? —preguntó él, muy extrañado.

—Hablo de mi amiga Mary Laskin. La acompañé, porque vino a ver a una vendedora de muñecos que vive en este sector, muy cerca de su casa. Le dije que la esperaría aquí, mientras hacía la compra, pero está tardando ya demasiado...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Ah, ya está aquí —exclamó Diana.

Abandonó la cocina y corrió hacia la puerta, seguida del joven. Al abrir, Brady divisó a una mujer joven, de unos veintiocho años, que llevaba un gran paquete en las manos, he conseguido. Diana —dijo, muy satisfecha.

—Lo he conseguido, Diana —dijo, muy satisfecha

—Te felicito —contestó la muchacha—. Mary, permíteme que te presente a un buen amigo, Mark Brady. Mark, ella es Mary Laskin.

—¿Cómo está? —dijo Brady.

—Encantada, señor Brady —repuso Mary—, Diana, es un muñeco precioso. A mi niña le gustará muchísimo, créeme. Le señora Telford es toda

una artista, puedo asegurártelo. He probado el muñeco y casi parece una persona que apenas si tiene palmo y medio de altura.

Brady oyó el nombre y sintió curiosidad en el acto.

—Perdone, ¿ha dicho señora Telford?

—Eso es —contestó Mary—. ¿Acaso la conoce usted?

—Un poco, pero no sabía que se dedicase a fabricar muñecos animados — contestó e! joven.

—Bueno, no tiene precisamente una fábrica y es necesario encargárselo en persona y con bastante antelación —explicó Mary—. Yo vi uno muy bonito en casa de una amiga y le pedí detalles, para comprar uno para mi hija.

—Entiendo, señora Laskin.

—Lo que hace la señora Telford es solamente el cuerpo del muñeco, al cual acopla los mecanismos que lo hacen andar y hablar bastantes palabras. Supongo que comprará en otra parte esos mecanismos, pero ella, se lo aseguro, hace una verdadera obra de arte.

—Mary, ¿por qué no nos enseñas el muñeco? —sugirió Diana.

—Bueno, no hay inconveniente —accedió la aludida.

El muñeco estaba en una bolsa de plástico. Mary lo puso en el suelo y presionó un interruptor disimulado en la parte posterior del cinturón de su indumentaria, semejante en un todo a la de los enanitos de Blancanieves, tan popularizados en el cine y en toda clase de ilustraciones.

Brady se quedó estupefacto. Realmente, el enano parecía una persona de carne y hueso, que no medía más de cuarenta centímetros de estatura. Todos sus movimientos eran fáciles y sencillos, como si sus "músculos" fuesen auténticos. El enano anduvo media docena de metros, tropezó con un diván de la sala y giró sobre sí mismo sin la menor dificultad.

—Fantástico —dijo Brady al cabo de unos momentos—. Pero dijo que hablaba...

—Tienen una cinta en la que pueden grabar las frases que ve deseen — explicó la señora Laskin—. Antes de hacerlo, estudiaré con mi marido lo que más pueda gustar a la niña.

—Una decisión muy sensata, Mary —aprobó Diana—. Anda, ya puedes guardar el muñeco... aunque me parece que te ha debido de costar un ojo de la cara.

—Estoy tuerta —río la señora Laskin significativamente.

Paro el muñeco y empezó a guardarlo. En voz baja, Diana se dirigió al joven.

—Los Laskin son gente de mucho dinero.

—Entiendo.

Momentos después, Diana y Mary abandonaban la casa. Brady quedó en la puerta pero de pronto, vio que Diana retrocedía corriendo hacia él.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Olvidé decirle una cosa, Mark. Dentro de tres semanas, se celebrará la fiesta anual de Westborough . Es un baile de trajes y se pasa muy bien. ¿Le

gustaría asistir?

—¿Debo disfrazarme?

—Es la norma.

—Pensaré en algún disfraz apropiado. Diana.

—De todos modos, hay tiempo. ¡Adiós, Mark!

—Hasta la vista — contestó el joven.

Cuando el coche arrancaba, agitó una mano. Diana correspondió con un gesto análogo.

Luego, Brady se acarició el mantón con gesto pensativo.

—¿De qué me disfrazaré para la fiesta? —se preguntó a media voz.

No se le ocurría ninguna idea aceptable. Pero ya pensaría en ello.

* * *

El señor John Weinlett Laskin se despertó a media noche, con una curiosa sensación de sed y se dijo que le sentaría bien beberse un buen vaso de agua. Pero le añadiría un par de dedos de whisky, lo cual no resultaría nocivo y, además, contribuiría a que luego pudiera conciliar el sueño sin dificultades.

Había cenado demasiado fuerte, pensó Laskin, mientras se ponía las zapatillas y la bata.

—Y, a mi edad, los excesos no son buenos —rezongó.

Salió al pasillo y tropezó con una silla. En el dormitorio del otro extremo se encendió una luz.

—¿Papá? —dijo Mar}' Laskin.

—No te preocupes por mí hija; sólo tengo un poco de sed —contestó el señor Laskin—. Anda, vuélvete a dormir...

—Ten cuidado con las escaleras, papá.

—No te preocupes. Y basta de charla o despertarás a la niña.

—Sí, papá.

Laskin descendió a la planta baja y fue a la cocina. Llenó un vaso con agua, tomó un sorbo y luego buscó el whisky. Lentamente, paladeó la bebida, chasqueando la lengua con gran satisfacción.

De repente, sintió un fuerte pinchazo en la pantorrilla.

—¡Ay, maldito sea! —se quejó.

Levantó un poco la pierna y se frotó el lugar afectado por aquel pinchazo. Súbitamente, se acordó de dos personas muertas por una misteriosa serpiente a la que nadie había conseguido ver.

Primero se sintió horrorizado y luego muy furioso. Agarró la botella de whisky y empezó a volverse, pero, de pronto, sintió que le fallaban las fuerzas.

Cayó de rodillas, apoyándose en el suelo con ambas manos. Con ojos ya vidriados, vio algo realmente extraordinario.

Entonces supo la verdad, pero, al mismo tiempo, supo también que ya no podría revelarlo, Quiso gritar, pero tenía un nudo en la garganta que le

impedía emitir el menor sonido.

Lentamente, se apoyó en el suelo de la cocina. Jadeó, le faltaba aire, no podía respirar... Un poco de espumilla blancuzca brotó de sus labios. Movió las piernas unas cuantas veces y luego se quedó quieto, sin saber ya que su piel empezaba a tomar un tinte cada vez más oscuro.

Así lo encontró, a la mañana siguiente, su hija, Mary

Laskin.

CAPITULO V

Brady abrió la puertas y contempló durante unos instantes el preocupado rostro dé Diana Ralston.

—Estoy seguro de que viene a apoyar su cabeza en mi pecho —sonrió.

—No me faltan ganas —contestó la muchacha—. Me siento muy deprimida

—Lo comprendo. Pase, le haré café y añadiré un poco de coñac.

—Gracias.

Diana se derrumbó sobre el sofá. Brady vino a poco con una bandeja en !as manos.

—Mark, dígame, ¿qué opina? —preguntó.

—Usted, sin duda, se refiere a la muerte de John Laskin i

—Sí, en efecto.

—No puedo darle mi opinión, porque no la tengo. Sólo puedo decirle que hay un bicho mortífero suelto por ahí y que, como no lo cacen pronto, seguirá causando más muertes.

Diana asintió.

—La población está aterrorizada. Se han organizado comités de vecinos que están dispuestos a todo...

—Eso puede resultar peligroso. En ocasiones así la gente se pone muy nerviosa y las armas se disparan con la mayor facilidad. Y casi siempre hay víctimas inocentes.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer yo?

—Usted escribe en una revista. Trate de calmar los ánimos, aconseje a los ciudadanos que dejen el asunto en manos de los hombres legalmente autorizados para ello...

—¿Cree que me harán caso? Mark, Westborough es una población en donde no hay una sola casa de pisos, salvo el Ayuntamiento y la Jefatura de Policía. Todos son casas familiares, con jardines muy grandes muchas de ellas. No hay vecino que no tenga, por lo menos, un arma de fuego. Anoche ya se dispararon varios tiros, que no hirieron a nadie por puro milagro.

—Hay miedo —dijo Brady.

—Hay un pánico horrible. Y tiene razón. Usted tendría que haber estado en casa de los Laskin. Vi el cadáver del padre de Mary y todavía me estremezco —contestó Diana. —Pobre muchacha... ¿Pero no estaba casada?

—Y sigue estándolo. Su esposo se hallaba de viaje de negocios y regresó inmediatamente.

—Oiga, si esta casaba, no puede llamarse Laskin...

—El esposo de Mary es también un Laskin. Son primos en tercer grado —explicó la muchacha.

—Comprendo. Si pudiera hacer algo por usted...

—Gracias, pero eso compete a la policía y al forense. —Diana meneó la

cabeza—. Las cosas están tan mal que dudo mucho se celebre la fiesta anual.

—¿De veras? ¿Cree que la suspenderán?

—Los miembros de la comisión organizadora han empezado a discutir el asunto. Veremos qué deciden.

—Parece que es una fiesta muy importante, en circunstancias normales, claro. ¿Por qué, Diana?

—Verá... Usted se ha dado cuenta, sin duda, de que Westborough es un barrio de la ciudad, una entidad de población prácticamente independiente. Hace veinte años no había aquí nadie, pero alguien se construyó primero una casa, luego otra... Después una empresa levantó más edificios y los primeros habitantes acordaron unos estatutos para conseguir que las edificaciones se acomodaran al paisaje.

—Es verdad, nunca había visto nada tan bonito —contestó Brady.

—Incluso, como ha podido apreciar, tenemos una revista semanal, aunque no un diario, y también nuestro Ayuntamiento y nuestra propia policía. Las normas sobre edificación son terriblemente estrictas.

—Lo sé, pero ¿qué tiene que ver eso con la fiesta de disfraces?

—Es muy sencillo —explicó Diana—. Hace unos doce años, cuando se vio que Westborough empezaba a progresar, los primeros habitantes idearon dar una fiesta, para conmemorar la fundación del barrio. Tres años más tarde, alguien sugirió lo de los disfraces. Y así se ha seguido haciendo desde entonces.

—Ahora está todo claro. Bien, veremos a ver qué decide la comisión organizadora y entonces pensaré en el disfraz. ¿Quiere más café?

Diana se puso en pie.

—No —contestó—. Voy a pasar otro mal trago —anunció.

—¿Cómo?

Ella consultó su reloj.

—El entierro será dentro de una hora y no puedo dejar de asistir —repuso.

—¿Quiere que la acompañe?

—Gracias, ahora me siento mucho mejor.

—Si es por mi causa, lo celebro —dijo Brady sonriendo.

Diana sonrió también, pero en su sonrisa había tristeza.

Y quizá, también, temor.

* * *

El hombre llevaba en la mano un grueso" garrote y pasó rápidamente por delante de Brady. Alguien emitió una risita burlona.

—Está muerto de miedo.

Brady se volvió.

—Señora Telford —exclamó.

La anciana le guiñó un ojo.

—Esta ciudad está poblada por cobardes —dijo—. ¿Usted también cree en

la fábula de la serpiente?

—Bueno, parece ser que es cierto...

—Yo no lo creo así. Mark.

—¿Por qué?

—Ande, déme su brazo —pidió Sara—. Si no le importa acompañar a una vieja arrugada y medio chiflada.

—¿Por qué tira piedras contra su propio tejado?

—Joven, no intente halagarme. Aunque no me gusta demasiado, tengo que mirarme al espejo todos los días, por lo menos, para no salir a la calle con los pelos de una bruja. Y si sólo fuese el espejo...

—¿Hay algo más?

—El reúma —suspiró ella—. Por las mañanas, cuando me levanto, parece que mis rodillas están moliendo piedras. Los riñones se han sublevado y el estómago se rebela en más ocasiones de lo que una quisiera.' Pero ésas son las «ventajas» de la ancianidad.

—Vamos, vamos, no irá a darme a entender que es usted una quejica. Yo pienso que es una mujer muy valerosa... y, ¡además, una artista.

—¿Artista yo? —rió Sara.

—Sí. Vi el muñeco que fabricó para Mary Laskin. Me pareció algo maravilloso, una auténtica obra de arte.

—Bueno, así me divierto un poco. En mi juventud me gustó mucho la escultura. Ahora lo hago para no pasarme todo el día mano sobre mano.

—Hace usted bien —dijo el joven—. A riesgo de parecerle un poco pedante, le diré que la ociosidad no es buena en ninguna época de la vida. Aunque bien es cierto que a veces gusta estar un rato sin hacer absolutamente nada.

—Pero después de haber trabajado lo necesario.

—Por supuesto. En cuanto a los mecanismos de los muñecos, ¿los construye usted misma?

—Oh, no, no —sonrió la anciana—. Me los envían de una fábrica especializada, no lejos de Chicago. Uno de los ingenieros fue muy amigo de mi difunto esposo y me enseñó la forma de conectarlos a los muñecos, eso es todo.

—Comprendo. Bien, ya estamos en la puerta de su casa. Señora Telford, no sabe cuánto me alegro de haber conversad con usted. He pasado un rato muy agradable.

Sara le dirigió una mirada maliciosa.

—Apuesto a que le habría gustado decir lo mismo a una mujer con medio siglo menos.

—No —contestó él muy serio—. Me habría gustado más decírselo medio siglo antes.

La anciana pareció sentirse muy conmovida. Hizo usía señal con la mano y ladeó un poco la cara.

—Mark, si no sientes aprensión hacia una mejilla arrugada, te permito que

me beses —dijo.

—Será un placer —aseguró él.

Luego, Sara apretó su mano cariñosamente y echó a andar a través del pequeño jardín. Brady la contempló unos instantes. «Pobre mujer; a veces debe sentirse muy sola», pensó.

Sara se volvió desde la puerta y le hizo un gesto amistoso con la mano. Brady sonrió. Después, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su casa. Cuantío llegaba., vio un coche parado junto a la acera.

* * *

Se sintió bastante extrañado al reconocer al sargento Wyllens tras el volante del automóvil, cuyo motor estaba parado. Wyllens parecía sumamente preocupado.

—¿Le ocurre algo, sargento? —preguntó, inclinándose un poco hacia la ventanilla.

Wyllens hizo un movimiento negativo.

—No... Bueno, sí, estoy pensando • en esas muertes...

—¿Todavía no han dado con ninguna hipótesis que no sea la de la serpiente desorientada?

—Sigue siendo una posibilidad, no descartable del todo. Pero no pensaba ahora en el animalito.

—Me gustaría poder ayudarle, pero ya sabe, soy forastero, aunque lleve algunos meses en la población... Vamos, cuénteme lo que le sucede y quizá, entre los dos, podamos encontrar alguna salida para este asunto.

Los dedos de Wyllens tabalearon sobre el aro del volante.

—Verá, he estado pensando... Claro que usted no vivía aquí en aquella época y, por tanto, no está en antecedente del caso. Yo se lo he expuesto al teniente Bawmer y me ha dicho que no se trata sino de una triste coincidencia.

—¿Tenían alguna relación las víctimas entre sí? —presintió Brady.

—Pues... sí, aparte de la vecindad, por habitar todos en Westborough —contestó el sargento—. Ocurrió hace cuatro años y entonces yo era un simple patrullero... No sé si sabrá usted que existe una Junta de Supervisión, cuyas recomendaciones, en según qué casos, tienen fuerza para obligar a los componentes del consejo municipal.

—He oído hablar algo sobre el particular. Esa junta puede aceptar o rechazar a cierta persona que pretenda vivir en Westborough , ¿no es así?

—En efecto. Usted mismo, cuando llegó a la población, fue discretamente investigado y' por supuesto, aceptado. De lo contrario, no le habrían permitido residir en Westborough .

—Pero yo alquilé la casa al propietario...

—El propietario habría rescindido el contrato, si la junta hubiese decidido que usted es persona non grata. Y no puede hablar de demanda por dañas y perjuicios, porque así son las leyes en este sentido y en esta población. Claro

que, por lo general, el propietario que alquila su casa, lo hace siempre a personas que sabe no encontrarán objeciones por parte de la junta.

—Muy amable —sonrió Brady—. Pero ¿tiene eso algo que ver con las tres muertes ocurridas?

—No lo sé. Yo diría que es una corazonada... Mi hipótesis falla en el caso del joven Dennel, pero los otros dos, Grover y Laskin... Bueno, ahora ya no lo eran, pero hace cuatro años formaban parte de la junta. En aquella época vivía una joven llamada Enid Byngton, cuya expulsión fue acordada por unanimidad. Enid tuvo que marcharse, pero antes juró que un día se vengaría de las personas que le obligaban a abandonar la población.

—¡Caramba, sí que es interesante! —Exclamó el joven—. Y, dígame, ¿por qué expulsaron a esa dama?

La radio del coche sonó en aquel momento. Wyllens descolgó el teléfono.

—Sargento Wyllens —dijo—. Central, ¿pasa algo?

—Accidente de coche en el cruce de las calles Seis y South Palms. Acuda inmediatamente. No ha habido víctimas, pero los conductores se están peleando.

—Enterado, Central.

Wyllens puso en marcha el motor.

—seguiremos otro día, señor Brady —gritó, al tiempo que arrancaba, con gran estruendo de sirena y centelleo de luces en el techo del automóvil.

Brady sonrió. Wyllens, se dijo, necesitaría de toda su diplomacia para separar a los dos irascibles conductores. Estaba seguro de que lo conseguiría. Giró sobre sus talones y, haciendo saltar las llaves de la casa en la palma de la mano, empezó a cruzar el jardín, mientras se preguntaba si la hipótesis del sargento podía resultar aceptable para aclarar aquellas muertes tan misteriosas.

CAPÍTULO VI

Hacía un día estupendo y Brady tenía ganas de aclararse un poco la mente, después de varias horas de trabajo apenas interrumpido. Vestido sencillamente, salió de su casa y tomó por diversos atajos, dirigiéndose a la cumbre más alta de la población, situada a un par de kilómetros de distancia.

Era preciso reconocer, se dijo, que los fundadores de Westborough habían acertado plenamente. Las viviendas se fundían armoniosamente con el paisaje y, aunque los estilos, lógicamente, eran diferentes, no había un solo edificio que desentonara del ambiente. Las calles y avenidas eran amplias, perfectamente pavimentadas, pero la mancha gris del asfalto resultaba absolutamente dominada por el verdor de los jardines, de los que ninguna casa carecía. El arbolado primitivo, en general, había sido respetado y, además de cuidado, incrementado con nuevas plantaciones.

Sí, resultaba conveniente la actuación de una Junta Supervisora. Quizá alguna de sus decisiones podían resultar demasiado drásticas, pero los beneficios totales justificaban ampliamente sus actuaciones.

Al cabo de un buen rato, llegó a la cumbre y contempló el panorama. Muy a lo lejos, se divisaba la línea plateada del océano. Más a la derecha, se veía la gran ciudad, con su inevitable «tejado» de atmósfera contaminada. Atrás, a sus espaldas, quedaban en el horizonte las blancas cimas de la Sierra. Hacia el Sudeste, en la lejanía, se captaba una tenue línea amarillenta: era el principio del desierto .Eran gente afortunada los habitantes de Westborough , se dijo.

Pero tres de ellos rio habían sido tan afortunados, pensó. Y dos de ellos habían tenido relación con la expulsión de cierta dama... ¿por qué?

De pronto, una voz fresca y alegre cortó sus pensamientos:

—¡Eh! ¿Es que piensa echar raíces en el suelo?

Brady se volvió, enormemente sorprendido. Sally Thomas estaba a unos veinte pasos, apoyada con los brazos en el borde de la valla de madera que circundaba su jardín. La casa estaba más allá, medio oculta por los árboles.

—Señora Thomas —exclamó, atónito.

—Venga, acérquese —dijo Sally, a la vez que agitaba una mano.

Brady obedeció. Ella agregó:

—Hace rato que le estoy observando. No me tome por una mujer chismosa y amiga de meterse en asuntos que no le importan, pero me pareció que estaba hablando solo. Incluso gesticulaba...

—Es posible —admitió él—. A veces, me abstraigo tanto en mis pensamientos, que me olvido por completo del lugar en que me encuentro y lo que estoy haciendo.

—Apostaría algo a que estaba pensando en una chica guapa.

—Perdería, señora —sonrió Brady—, Lo que pensaba era...

Sally levantó una mano.

—No, no me lo diga; no quiero entrar en su intimidad. Pero usted sí querrá

entrar en mi casa y tomar una taza de café. Se la debo, desde que me cambió la rueda de mi coche.

Brady la miró oblicuamente.

—Su marido...

—No hay marido —rió ella—. Soy absolutamente libre.

Sally abrió la puerta de la valla. Brady observó que vestía una blusa, sin mangas, muy ceñida a un busto de curvas firmes, y pantalones cortos, que permitían llevar al descubierto unas piernas realmente atractivas. El pelo estaba sujeto por una cinta azul, que le confería un aspecto agradablemente juvenil.

—Pase y charlaremos un poco, si no tiene nada mejor que hacer —dijo la joven.

—Cualquier hombre le diría que, en estos momentos, lo mejor que podría hacer es aceptar su invitación, señora Thomas!

—Muy amable de su parte, pero llámeme Sally, Mark.

—Gracias.

Entraron en la casa, puesta con notable gusto. Sally dijo que iba a la cocina, pero que, si quería tomar algo más fuerte, tenía un pequeño bar con bebidas. Volvió minutos más tarde y se sentó frente a su invitado.

—Es usted un hombre valiente —dijo Sally, después de tomar el café.

—¿Valiente? Oiga, usted no es precisamente una tigresa...

—Oh —rió ella—, no me refería a mí, sino a la serpiente. Puede decirse que es el único hombre al que he visto sin un bastón en la mano.

—Ah, la serpiente... ¿Usted también cree en esa historia?

—Bueno, se dice por ahí, se comenta; lo menciona la revista *Totalphone*.. Usted, ¿qué opina, Mark?

—La hipótesis de la serpiente parece ser la que cuenta con mayores visos de certidumbre —contestó el joven—. Al menos, si se tiene en cuenta la forma en que han muerto tres personas y las causas de su fallecimiento.

—Es posible, en efecto. De todos modos, yo, por si acaso, cierro bien puertas y ventanas durante la noche. Además, le he preparado una trampa.

—¿Una trampa?

—Sí, un cepo para lobos, junto a un plato con algo de carne, endulzada con miel, y colocado de tal forma, que si quiere comer, tiene que pasar antes por el cepo. Además, he conectado éste a un timbre de alarma, que me despertaría instantáneamente, si el animal cayese en la trampa. Resulta un poco latoso tener que hacer esto todas las noches, pero si se quieren evitar riesgos, me parece, es la mejor forma de prevenirse contra ese mortífero animalito.

—Es una idea genial —exclamó Brady, admirado.

—Se la regalo gratuitamente —dijo Sally riendo—. No le cobraré derechos de patente, si quiere instalar en su casa una trampa ‘semejante.

—Me lo pensaré, muchas gracias. —Brady se puso en pie—. El café estaba excelente —elogió.

Sally se levantó también.

—Usted vive solo, creo —dijo.
—En efecto, aunque todos los días viene una asistenta a arreglar un poco la casa...
—¿Le guisa su sirvienta?
—Por regla general, no; muchas veces, voy a cenar a un restaurante... En general, soy hombre de gustos sencillos y me conformo con cualquier cosa que yo mismo me preparo.
—Mark, ¿por qué no viene a cenar conmigo una noche? —propuso Sally.
Brady dudó un momento. La mujer que tenía frente a sí era realmente hermosa, rebosante de atractivos. ¿Por qué no?, se dijo.
—Cuando guste —accedió.
—Mañana, por ejemplo. Tengo que comprar algunas cosas y hoy me sería imposible... ¿A las siete y media?
—Seré puntual, Sally —prometió el joven.
Cuando caminaba de regreso a su casa, volvió a pensar una vez más en el enigma que preocupaba a toda la población. De pronto, se le ocurrió una idea y decidió que debía ponerla en práctica inmediatamente.

* * *

Diana Ralston se sorprendió enormemente al verle aparecer en el despachito que ocupaba en la redacción del *Totalphone* Weekly, lo cual no le impidió sentirse sumamente alegre.
—No sabe cuánto celebro su visita, Mark —dijo—. Siéntese y pediré que nos traigan café...
—Gracias, pero no se moleste; ya he tomado un par de tazas en otro sitio. Lo único que no me gustaría es saber que he interrumpido su trabajo.
—Oh, no tiene importancia. Puedo continuar luego o mañana; lo que estaba haciendo carece de urgencia. ¿Quería algo de mí, Mark?
—Pues... sí, Diana. He venido a comentar con usted ciertos datos que he conocido hoy accidentalmente y que, como puede comprender, se relacionan con esas muertes. Bueno, no sé si se relacionan o no, pero hay alguien que piensa que tal vez sí tengan algo que ver con lo que me contó.
—A ver, dígame de' qué se trata —nidio la chica.
—Me 1o contó el sargento Wyllens y ocurrió hace cuatro años. La Junta Su per visora expulsó de la ciudad a una tal Enid Byngton. Dos de las víctimas, Grover y Laskin, pertenecían en aquella época a la Junta. Wyllens asegura que aquella mujer juró vengarse de quienes Ía obligaban a abandonar Westborough . ¿Sabe algo sobre el particular?
Diana apoyó los codos sobre la mesa y empezó a darse golpecitos en los dientes con el cabo del lápiz que tenía en la mano.
—Sí, lo recuerdo, aunque entonces yo no pensaba siquiera convertirme en periodista —contestó—. Además, cuando se mencionaba a Enid Byngton, lo hacían los mayores a solas y no en presencia de una chica de diecisiete años.

—Eso significa que se trataba de un asunto escabroso —advino.

—Al menos, así lo calificaron entonces. Yo lo he sabido después, cuando he podido hablar con otras personas, que ya no me consideraban como una chiquilla. Por lo visto, hubo orgías en la casa de Enid y, además, se produjeron algunos robos de joyas, de los cuales fue acusada, aunque no sé le pudo probar jamás, Por dichas razones, la Junta acordó su expulsión. Y esa decisión se cumplió, créame.

—Es decir, la vida de Enid no se podía considerar precisamente como un dechado de virtudes.

—Según la Junta, no. Enid se enfureció terriblemente y apeló contra la decisión, pero no le sirvió de nada.

—Pero antes la habían admitido aquí —alegó Brady. —A su esposo.

—¿También tomaba parte en las orgías?

—El esposo desapareció un buen día, sin dejar rastro. Ella dijo que le había abandonado. Un año más tarde, se recibió la notificación oficial de su muerte. Como tal viuda, heredó la casa que él había comprado.

—Diana, siendo uno propietario en Westborough , ¿puede ser obligado a abandonar la población?

—Sí la junta lo decide, sí.

— En tal caso, ¿qué se hace con la propiedad?

—El dueño puede ponerla en venta. O alquilarla. En este caso, la junta se encarga de los trámites necesarios, aunque estaría mejor dicho que lo encomienda al Banco, pero siempre bajo su supervisión. Y el propietario recibe el importe del alquiler, dondequiera que esté, a menos que prefiera se vaya acumulando en su cuenta. Pero si se acuerda expulsar a una persona, esa decisión se ejecuta inapelablemente.

—En cierto modo, eso parece la sentencia de un tribunal. Sin embargo, ante los tribunales, el acusado tiene derecho a la defensa.

—Oh, aquí también. Cuando se inicia el proceso de expulsión, la junta reúne todos los datos y luego convoca al interesado. También se celebra una especie de juicio, aunque en privado, naturalmente,

—Es decir, los miembros de la junta y el acusado.

—Exacto. La junta expone sus cargos y el acusado los rebate, si puede. Ahora bien, debe saber que la expulsión es algo que se decide muy raramente y en circunstancias sumamente excepcionales. Lo más común es que se haga una advertencia al acusado, una advertencia muy seria, todo hay que decirlo.

—Una amonestación.

—Si —contestó Diana—. Pero sólo se le advierte una vez; si reincide, se le expulsa sin apelación posible.

—¿Hubo advertencia en el caso de Enid?

—No. Por lo visto, su caso estaba demasiado claro. Se le dio una semana de tiempo para poner en orden' sus asuntos. Creo que ella no esperó tanto tiempo.

—Y ya no se han vuelto a tener noticias suyas.

—No, que yo sepa. Salvo que su casa ha sido alquilada recientemente y, supongo, el inquilino habrá recibido la aprobación de la junta. Pero eso es todo, Mark.

Brady hizo un movimiento de aquiescencia.

—Diana, dígame, ¿de veras cree usted en la teoría de la venganza de Enid Byngton?

—¿De una forma tan refinada? No, en absoluto —contestó la chica rotundamente—. Es más, pienso que lo que Enid dijo no fueron sino frases que una persono despechada pronuncia en circunstancias similares. Para mí, la teoría de la serpiente sigue siendo la más válida.

Brady se puso en pie y sonrió.

—Gracias por todo, Diana. A propósito, ¿qué hay de la fiesta?

—Creo que se celebrará, pero aún tienen que reunirse otra vez para adoptar un acuerdo por unanimidad.

En aquel instante, llamaron a la puerta, que se abrió casi en el acto.

—Diana, ¿puedo pasar? —Consultó la señora Laskin—. Oh, no sabía que tuvieras visita...

—Ya me iba —dijo el joven sonriendo—. ¿Cómo está, señora Laskin?

Mar y le tendió una mano.

—Señor Brady...

—Siento mucho lo ocurrido —murmuró él.

—Gracias. Diana, quiero que pongas un anuncio en tu revista. El muñeco ha desaparecido y la niña está inconsolable —dijo Mary.

—Caramba, ¿es que te lo han robado?

—No lo sé. Desapareció el día en que murió mi pobre padre. Bueno, supongo que fue entonces, porque con todo aquel jaleo... Y, la verdad, no me agradaría tener que encargar otro a la señora Telford.. Hace unos muñecos magníficos, pero cobra un ojo de la cara.

—No te preocupes, haré que inserten el anuncio en el número que saldrá pasado mañana —dijo Diana.

—Perdonen —terció Brady—. Tengo qué irme y... Diana, hasta la vista. Señora Laskin, cuente con mis más fervorosos sentimientos de simpatía.

Mary se volvió hacia la puerta, cuando ya se había cerrado.

—Un hombre encantador —calificó.

—Sí, muy agradable —concordó Diana.

* * *

Se presentó en la casa, detrás de un monumental ramo de flores. Sally se sintió muy agradecida por el gesto. Brady dijo que no tenía la menor importancia y que qué menos podía hacer para agradecer tan gentil invitación...

La cena resultó deliciosa y los vinos adecuadamente elegidos. Luego, Sally le hizo sentar en el diván, mientras se disponía a servir el café y los licores.

—¿Fuma cigarros, Mark?
—No —contestó él—. Pero si usted me lo ofrece, fumaré... incluso el rabo del diablo.
Ella rió suavemente.
—No le daría una cosa tan venenosa —contestó.
Cuando se inclinó para llenar su taza, Brady vio un fascinante panorama a través del escote, que casi le secó la boca.
Debajo del vestido, se dijo, sólo estaba el hermoso cuerpo de su anfitriona.
Charlaron un rato. Luego, él recordó algo.
—Sally, ¿por qué no me enseña su truco para cazar a la serpiente, si se le ocurre entrar en su casa?
—Oh, sí, es cierto, lo había olvidado. Venga, acompáñeme.
Minutos más tarde, Sally había montado la trampa. El plato con unos trozos de carne y la miel, estaba en un rincón, situado de tal modo, que el reptil tendría que pasar por el cepo de dientes triangulares, al cual se divisaba conectado un cable eléctrico, que luego se perdía detrás de un armario. Sally buscó el palo y disparó la trampa. Arriba, en el primer piso, sonó inmediatamente un timbre de estridentes notas.
—Muy ingenioso, realmente ingenioso —alabó Brad)
—Le brindo la idea gratuitamente —dijo ella— . Bueno, se lo mencioné el otro día, creo, pero lo repito.
—Gracias. Puede que lo ponga en práctica —contestó el joven, que, a pesar de todo, no creía demasiado en la teoría de la serpiente.
Sin embargo, ayudó a la joven a armar de nuevo la ira Tupa. Luego se volvió hacia ella.
—Yo también sé preparar una trampa con otra clase de materiales —manifestó.
—¿De veras, Mark?
—Sí, se lo aseguro.
—¿Qué clase de trampa?
—Es sólo para personas... y utilizo mis brazos.
—¿Los brazos? —repitió ella, extrañada.
Brady se sintió audaz y rodeó la cintura de la joven con los brazos.
—A veces, me falla, pero hoy, no sé...
Sally entornó los ojos.
—Creo que voy a caer en la trampa —murmuró.
Levantó sus brazos y rodeó el cuello de su invitado. Las dos bocas se fundieron en un ardiente beso y ambos se dejaron llevar por el vértigo de la pasión. Y transcurrieron varias horas antes de que, al fin, agotados, se durmieran.

CAPITULO VII

Unos días más tarde, Diana llamó a Brady por teléfono:

—Se celebra la fiesta —anunció.

—Estupendo.

—La gente empieza a olvidar. El comité decidió que era bueno para todos celebrar el baile anual de disfraces. La votación arrojó un resultado de once a uno, es decir, mayoría absoluta.

—No hay decisión en contra, porque uno vote negativamente, ¿verdad?

—Esto no es un jurado en un juicio regular, Mark. ¿Qué disfraz piensa utilizar?

—No lo sé. ¿Y usted?

Ella soltó una risita.

—Está muy visto, pero me favorece muchísimo. Iré de Cleopatra. Usted podría disfrazarse de Marco Antonio.

—No, he pensado en otro que me gusta más.

—¿De veras? ¿Qué disfraz será?

—Primero se me ocurrió ir vestido de cowboy, pero luego me dije que abundarían tanto como la peste, lo mismo que el de mosquetero o el de piel roja, Y aunque creo que no seré quizá el único, estimo que el de Don Juan me sentará bien.

—No es mala idea. ¿Se siente conquistador, Mark?

Brady pensó un instante en Sally Thomas.

—No lo soy, pero, ¿quién sabe?, tal vez se logre contradecir de que el hábito no hace al monje —contestó.

—En tal caso, iré prevenida.

—Pero no lleve un áspid para defenderse de mi acoso...

Brady se calló repentinamente. Diana notó su silencio.

—Mark...

—Dispense —dijo él—. He mencionado una serpiente mortífera y no me parece de buen gusto. Lo hice impensadamente, créame.

—No se preocupe —contestó la chica—. A cualquiera le habría pasado lo mismo. Y ya verá cómo más de uno me pregunta dónde me he dejado olvidado el áspid.

—Si lo hace, diga que se lo olvidó encima del piano.

Diana se echó a reír

—Buena respuesta. Mark. Hasta la vista.

Brady llamó más tarde a la señora Thomas.

—Sally, se va a celebrar la fiesta anual —dijo—. ¿Piensas asistir?

—No —contestó Ía interpelada.

—¿Por qué?

—Siempre me han degradado las multitudes.

—Pero será una fiesta muy divertida...

—Mark, ¿puedo decirte una cosa?

—Claro, lo que sea, Sally.

—Quizá me consideres una chiflada, pero para mí, todo lo que pasa de dos personas, y de distintos sexos, es multitud.

Brady soltó una risita.

—En determinadas circunstancias, yo también pienso así —dijo.

—Lo siento, pero no quiero ir. En cambio, cuando tú quieras venir aquí, siempre serás bien recibido. Además, podemos hacer nuestro propio baile de disfraces.

—¿Sí? Y, ¿de qué nos disfrazaremos?

Sally se echó a reír.

—¡Tonto! De Adán y Eva en el paraíso.

Brady lanzó una carcajada.

—Además, nadie nos lo reprochará —contestó—. Está bien, te llamaré pronto.

—Cuando lo desees. Mark.

El teléfono volvió a la horquilla. Brady encendió un cigarrillo.

Sally era una mujer realmente hermosa, encantadoramente apasionada. Pero si se enredaba con ella en un lio amoroso, el asunto podía terminar desagradablemente.

—Podría acabar casándome con ella —murmuró.

Y era una perspectiva que, si bien no le desagradaba, tampoco le hacía sentirse particularmente feliz.

Por el momento, sin embargo, podía «aparcar» el problema. Ya vería más adelante.

Unos días después, cuando se apeaba del coche, con un gran paquete en las manos, vio a Sara Telford.

—Hola, Mark —dijo la anciana—. ¿Adónde va tan cargado?

—Es mi disfraz, señora Telford. Para la fiesta anual de Westborough .

—Ah, sí, he oído hablar de ese baile. Deduzco que piensa asistir.

—En efecto. ¿Quiere acompañarme?

—Mark, tú estás de broma. —Sara le tuteó repentinamente—. ¿Adónde podría ir un vejestorio como yo, a una fiesta que es sólo para jóvenes?

—Asistirán muchas personas de edad madura. No le digo que se ponga a bailar desde el primer momento, pero sí podría estar sentada, divirtiéndose con el espectáculo...

Sara meneó la cabeza.

—Esa clase de fiestas ya no son para mis huesos —suspiró—. ¿De qué irás disfrazado, Mark?

El joven sonrió.

—De Don Juan. ¿Qué le parece?

—Das el tipo —contestó Sara, mirándole de arriba abajo. Juntó los dedos de la mano derecha, después de levantarla—. Las tendrás así, a montones...

Brady se inclinó y besó suavemente la mejilla de la anciana.

—Gracias, Sara. Dios la bendiga.

—A ti, muchacho, a ti —contestó ella, conmovida. N

* * *

E1 baile de disfraces se celebraba en el Auditórium de Westborough , construido en forma de anfiteatro, descubierto, gracias al benigno clima de que disfrutaba la población durante la mayor parte del año, y con un escenario provisto de una enorme concha, que proporcionaba una perfecta sonoridad a cuantos actuaban en él. Las primeras filas de butacas eran movibles, para ampliar el espacio de la platea, según el espectáculo. Dos enormes postes, semejantes a los instalados en los estadios deportivos, sostenían las baterías de lámparas que proporcionaban una iluminación más que suficiente al lugar.

Como residente en Westborough , Brady había tenido que proporcionarse la tarjeta que le permitía el acceso a la fiesta. Vestido enteramente de negro, con gorguera blanca y espada al cinto, componía realmente una figura masculina muy atractiva. En el lado izquierdo del pecho llevaba una cruz de tela roja y pendiente sobren su pecho un gran collar de metal dorado, imitación del Toisón de Oro. Además, se tocaba con una gran gorra, adornada con una pluma blanca y completaba su disfraz, aparte de la máscara, con bigote y perilla.

Advirtió, con no poca satisfacción, que era, por el momento, el único que vestía de semejante indumentaria. Tal como había supuesto, abundaban los cowboys, los pieles rojas, tramperos y soldados de Caballería, aunque no faltaban tampoco hombres ataviados con ropajes griegos q romanos. Entre las' mujeres, abundaban las que vestían con indumentaria de la época de Isabel I de Inglaterra o de María Antonieta. También había dos o tres que vestían, supuestamente, como en la Edad de Piedra y no faltaban algunas esposas de colonos del siglo pasado. Asimismo divisó nada menos que tres Cleopatras.

Se preguntó cuál de ellas sería Diana. Una Cleopatra se le acercó de pronto, haciendo tintinear las pulseras que adornaban sus brazos desnudos.

—Don Juan, estáis comestible —dijo.

Brady sonrió.

—Aunque sea de mal gusto otra vez. ¿El áspid?

—Eres el cuarto que me lo pregunta esta noche. Mañana llamaré al afinador del piano; no suena muy bien, ¿sabe?

—En cambio, la orquesta de este Auditórium suena estupendamente. ¿Bailamos?

Durante unos minutos, bailaron juntos, comentando los diversos aspectos de la fiesta. Luego, Diana vio a un conocido y se alejó para saludarle. Brady quedó momentáneamente solo.

De repente, oyó una voz a sus espaldas.

—El valiente conquistador se ha quedado sin nadie a quien conquistar. ¿Me equivoco?

* * *

Brady se volvió y no pudo contener un estremecimiento. El disfraz que llevaba aquella mujer, pues lo parecía, por la voz, era algo que no hubiera sido capaz de imaginarse en ningún momento.

Ella vestía enteramente de blanco, de los píes a la cabeza, una especie de túnica, con mangas y capucha, y su rostro estaba cubierto por un paño blanco, atado sin duda a la parte posterior de la cabeza, en el que sólo se veían las aberturas para los ojos, redondas, en lugar de ovaladas, corno eran las de todas las demás máscaras, incluso los antebrazos, que sobresalían de las amplias mangas del disfraz, y las manos, estaban cubiertos por unos largos guantes blancos.

Sobreponiéndose a la primera impresión recibida, contestó:

—Un conquistador siempre es valiente y jamás deja de encontrar a alguien a quien conquistar. Aunque a veces resulte derrotado.

—Pero la derrota le espolea para intentar una nueva conquista —dijo la desconocida.

—En efecto, si se tiene el espíritu lo suficientemente fuerte como para no dejarse abatir por las adversidades. ¿Me permite que intente su conquista?

—No le garantizo el triunfo.

Brady rodeó la cintura de la desconocida con sus brazos. —Esto ya es un triunfo —aseguró, mientras empezaba a seguir el compás de la música.

—Temo que todo quedará aquí, se lo advierto de antemano.

—Pero sólo por hoy.

—¿Quién sabe?

—De todos modos, ya conoce la costumbre: a la media noche, es obligatorio descubrir el rostro. Aunque me imagino que muchos de los asistentes ya se habrán sabido reconocer entre sí.

—Eso significa que ahora no me reconoce —dijo él

—No, no sé quién es usted. ¿Sabe quién soy yo?

—Esperaré a la media noche —contestó la desconocida

—Yo también. Entre tanto, ¿puede decirme que significa su disfraz?

—La Muerte.

Brady respingó.

—Está de broma —dijo.

—Hablo en serio, conquistador.

—Ese disfraz... ¿representa la muerte?

—¿Por qué no? ¿Acaso pensaba que iba a venir disfrazada de esqueleto, con una guadaña en la mano?

—Es lo clásico...

—Pero también un poco falso.

—¿Por qué?

—La Muerte no tiene rostro.

Brady contempló un instante el informe trapo blanco que ocupaba las

facciones de su pareja y sintió un escalofrío. —Es una frase muy certera —convino.

—Gracias. Celebro que piense lo mismo que yo.

Brady tanteó la espalda femenina.

—Usted es joven y, seguramente, hermosa. ¿Por qué tuvo una idea tan macabra?

—Lo macabro está sólo en el pensamiento de las personas. ¿Acaso la muerte no es algo real y que nos acompaña constantemente, desde el momento en que nacemos?

De pronto, Brady se sintió a disgusto. Estaba allí para divertirse y, en lugar de ello, se había enzarzado con una desconocida en una discusión que no tenía nada de alegre. Pero la 'música cesó en aquel momento y se sintió muy contento de verse libre de aquella lúgubre desconocida.

—Perdone…

Se apartó como si ella fuese el mismísimo diablo. Vio a una Cleopatra a pocos pasos de distancia y, como la orquesta reanudaba de nuevo su música, se puso a bailar con ella.

Tardó unos minutos en darse cuenta de que no era Diana. Luego se separó y, al siguiente intento, dio con la muchacha.

—Vamos al bar —dijo—. Tengo ganas de tomar una copa.

—Estás muy serio —observó ella—. ¿Qué te ha pasado?

Brady le contó su conversación con la mujer disfrazada de Muerte. Diana hizo un gesto de repugnancia.

—Las hay con un sentido del humor más bien desagradable —comentó—. Pero no te preocupes por ella...

—Me gustaría saber quién es, sin embargo.

—A la medianoche, Mark.

— Sí, tienes razón.

Brady vio a la desconocida en varias ocasiones y, aunque presintió que ella le buscaba, eludió todos sus intentos. No tenía ganas de reanudar una conversación sobre un tema que resultaba fuera de lugar en la fiesta. Pasado un buen rato, se dio cuenta de que la desconocida parecía divertirse mucho y se sintió algo más tranquilo.

Diana se fue con otras parejas y él también bailó con distintas mujeres, a ninguna de las cuales conocía. Minutos antes de las doce, Diana volvió a reunirse con Brady.

—Pronto nos llevaremos algunas sorpresas —dijo la chica.

—Pero yo creo que la mayoría se conocen, ¿no?

—Sí, aunque siempre resulta excitante encontrar gente conocida bajo disfraces muy hábilmente realizados. Y luego está el concurso, con varios premios para los mejores disfraces. Quizá tú te lleves alguno.

—No lo creo —contestó Brady, pero, desde luego, no le hubiera desagradado.

A las doce menos un minuto, uno de los organizadores de la fiesta subió al

estrado, pidió silencio y anunció que, a las doce campanadas, que serían doce golpes de bombo, todo el mundo debería quitarse las máscaras.

Luego, los miembros del jurado iniciarían sus deliberaciones para otorgar sus premios a los mejores disfraces.

Faltando doce segundos, se oyó el primer golpe de bombo. La multitud empezó a corear los golpes, que se contaban en sentido inverso, como en los lanzamientos de cohetes al espacio.

—Cinco..., cuatro..., tres..., dos.... uno...

Cientos de manos subieron hasta las máscaras, dispuestas a dejar los rostros al descubierto.

Y, en aquel momento, se apagaron todas las luces.

CAPITULO VIII

La oscuridad produjo un intenso silencio. Brady, por instinto, alargó una mano y asió el brazo de la muchacha. Luego se oyeron algunas voces a medio tono,

De repente, se oyó un agudísimo chillido:

—¡La serpiente! ¡Me ha mordido!

Un núcleo de agitación se produjo en el punto donde había sopado el grito. Casi inmediatamente, otra persona emitió un espeluznante aullido:

—¡Me ha mordido! ¡Me ha mordido!

Brady presintió lo que iba a ocurrir y tiró de Diana hacia atrás, procurando apartarla de la barahúnda en que se había convertido la fiesta instantáneamente. Por todas partes se oían chillidos de pavor y gritos de espanto, mezclados con los ruidos que hacían los aterrados concurrentes al tratar de buscar la salida, en una estampida absolutamente irrazonable, en la que el pánico era la única nota dominante.

Sonaron gritos de dolor de las personas que caían y eran pisoteadas por los fugitivos. Otros' pedían luz a voz en cuello, pero nadie se entendía en aquella espantosa confusión.

Brady pudo apartarse a tiempo, sin soltar a Diana ni por un instante. Al cabo de unos momentos, sus ojos se habían acostumbrado a las tinieblas y se dio cuenta de que llegaba cierto resplandor procedente de los faroles del alumbrado público situados en las inmediaciones del Auditórium. Algunos trataron de hacer que la gente recobrase la cordura, pero sus esfuerzos resultaron absolutamente inútiles.

Sin saber por qué, Brady recordó a la misteriosa desconocida, que se había disfrazado de Muerte, según su peculiar concepción del tema. Pero no podía hacer riada por el momento, mientras no volviese la calma, va que estaban en un lugar seguro y no tenía ganas de arriesgarse inútilmente.

Los gritos se fueron apagando poco a poco. No Lardaron en escucharse las sirenas de los coches policiales. Algunas personas, caídas en el suelo, se quejaban sordamente y pedían atención médica.

Un par de hombres resueltos trajeron linternas. Brady abandonó su sitio y se dispuso a ayudar a quien !o necesitara. Los policías irrumpieron, también portadores de luces de emergencia. Brady reconoció a Wyllens.

—Sargento, dos personas se quejaron de mordeduras de la serpiente —exclamó,

—¡Santo Dios! —Dijo el policía—. ¿Aquí?

—Las luces se apagaron unos segundos antes. Haga que alguno de sus hombres revise la instalación. Si no consiguen nada, avise a la compañía eléctrica.

—Está bien.

Sonaban más sirenas. Llegaron algunas ambulancias y los sanitarios

empezaron a reconocer a los heridos. Brady pudo hacerse con una linterna y recorrió todo el recinto, en el que no había menos de veinte personas heridas de distinta consideración.

De pronto, tropezó con un cuerpo inmóvil. Era un hombre y tenía aún puesta la máscara, que le cubría las acciones por completo. Brady se inclinó y arrancó la máscara de un tirón, inmediatamente, dio un salto atrás.

—¡Sargento! — gritó con «idas sus fuerzas.

Wyllens acudió a la carrera. Diana llegó también y al ver el rostro del caído lanzó un chillido de espanto.

—¡Jesús! —dijo el sargento.

—Diana, ¿lo conoces? —preguntó Brady.

Ella volvió la cabeza.

—Es James Cordwain...

—Aquí, sargento —llamó de pronto un policía—. Hay otro cadáver.

Los tres se acercaron al lugar donde se veía el inmóvil cuerpo de una mujer, que ya no llevaba puesta la máscara. Diana se sintió mareada y tuvo que agarrarse al brazo del joven con ambas manos, para no caer a! suelo.

—Zelpha Rutton —identificó Wyllens. Y añadió—: Esto va a ser un bombazo en Westborough ... —Se volvió hacia sus hombres—. ¡Investiguen por si hubiera más cadáveres! Hanrill, llame al teniente Bawmer y dígale que busque alguien que entienda de serpientes. Todos, tengan cuidado; el animal debe de estar todavía por estos parajes.

Brady se llevó a la muchacha lejos de aquél siniestro lugar. El bar, por fortuna, no había sido afectado por el tumulto y pudo encontrar una botella, de la que llenó dos copas. Diana tomó unos sorbos y empezó a recobrarse.

—Ya me encuentro mejor —dijo—. Ahora volveré allí, porque no debo olvidar mi profesión.

—Espere un momento —pidió el joven—, ¿Conocías a las víctimas?

—Desde luego, y sé que ambas formaban parte de la Junta Supervisora que expulsó a Enid Byngton. Una trágica coincidencia, ¿no crees?

—¿Coincidencia? Permíteme que sea escéptico al respecto —contestó él.

—Ah, entonces, aceptas la teoría de la venganza.

—Parece lógico, ¿no?

—¿Una venganza... tan perversamente refinada?

—Quizá tiene un cómplice... De todos modos, no quiero impedir que realices tu tarea. Anda, pero ten cuidado.

—No te preocupes, Mark.

Brady apuró el resto de su copa y pensó de nuevo en la misteriosa desconocida. Algunas palabras le habían parecido incomprensible entonces. ¿Era ella la autora de ambos crímenes?

Y si resultaba cierto, ¿cómo lo había hecho?

De pronto, se le ocurrió una idea. La tranquilidad había vuelto en cierta medida y se encaminó a la entrada, donde los porteros ocupaban de nuevo su gesto.

—Disculpen —dijo—. ¿Alguno de ustedes recuerda a una persona vestida enteramente de blanco, con la cara toda cubierta por un paño también blanco, con dos agujeros redondos para los ojos?

—Sí —respondió uno de los empleados—. Yo la vi y recogí su tarjeta, pero luego ya no me preocupé más de ella.

—¿Tiene ahí la tarjeta?

El hombre señaló un montón de rectángulos blancos esparcidos por el suelo.

—Me derribaron cuando escapaban. Además, no son invitaciones nominales —dijo.

—Espere —intervino el otro—. Ahora que menciona a esa fulana... Yo la vi marcharse poco antes de las doce.

—¿Seguro? —preguntó Brady esperanzado.

—Absolutamente. Es más, pensé que lo hacía porque no quería ser reconocida. A veces sucede...

Brady presintió que la enigmática desconocida tenía mucho que ver con lo ocurrido. Regresó al interior y llegó junto a Wyllens al mismo tiempo que otro agente.

—Sargento, ya hemos descubierto la causa de la avería en el sistema de iluminación —informó—. Alguien provocó un cortocircuito y lo hizo de una forma muy peculiar, con un aparatito de relojería, que funcionó exactamente a la media noche.

Brady se quedó con la boca abierta. Wyllens lanzó una interjección.

—¿Has encontrado ese maldito cacharro? —preguntó.

—Sí. Lo he dejado allí, sin tocarlo, para evitar borrar las posibles huellas dactilares. Si quiere acompañarme...

Brady alargó la mano y tocó el hombro del policía.

—Sargento, las serpientes no provocan cortocircuitos voluntariamente —dijo.

Wyllens se volvió, le miró fijamente unos segundos, asintió y se marchó con paso rápido. Diana se acercó al joven.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Brady se lo explicó sucintamente. Diana se puso seria.

—Entonces, ¿hemos de descartar la teoría de la serpiente?

—La única muerte que no encaja es la de Bill Dennel —contestó el joven—, Pero las cuatro víctimas restantes intervinieron en la expulsión de Enid. ¿No te parece que ahora si podemos aceptar la hipótesis de la venganza?

De pronto, se oyeron voces destempladas en las inmediaciones. Brady y la muchacha volvieron el rostro hacia el lugar del escándalo. Wyllens apostrofaba violentamente a uno de sus agentes. Llenos de curiosidad, se aproximaron para enterarse de lo que sucedía.

—El maldito cacharro ha desaparecido... ¿Por qué diablos tuviste que dejarlo sin vigilancia? Sí, ya sé que tenías que avisarme, pero podías haber encargado a otro... O disparar un par de tiros al aire, para llamar la atención...

No sé qué pensar de k gente que tenemos en el Departamento; a veces creo qué son mutas con uniforme...

Brad/ ocultó una sonrisa, al escuchar las pintorescas frases del sargento, tuya ira comprendía de sobras. En esto, el teniente Bawmer hizo su aparición y Wyllens se dispuso a informarle de todo lo que había averiguado.

De pronto, Brady divisó a lo lejos a una persona conocida, que se alejaba con paso mesurado. Corrió hacia ella y la alcanzó en unos instantes.

—Sara, ¿qué está haciendo aquí?

La anciana se volvió y le dirigió una afectuosa sonrisa.

—Hola, Mark —dijo—. Estaba en la cama y oí las noticias por la radio. Eso me desveló un poco y decidí acercarme, para ver qué sucedía. No*vivo lejos, tú lo sabes.

—Claro, claro, pero me parece que no es hora para una persona de su edad que ande por las calles —contestó Brady en tono de reproche.

—Bah, ¿quién querría hacer daño a una vieja? No te preocupes por mí, muchacho.

— ¿Quiere que la acompañe? —se ofreció él.

Sara hizo un gesto negativo.

—No te molestes, pero, si vienes mañana a tomar el té conmigo, me contarás muchas cosas de lo que ha pasado esta noche.

—De acuerdo. Acuéstese pronto y tómese algún tranquilizante.

—Sí, lo haré. Gracias. Mark.

Brady volvió junto a la muchacha.

—A veces, al llegar a cierta edad se vuelve el comportamiento infantil —sonrió.

—Sí, pero también hay personas curiosas por naturaleza —repuso Diana —. Mark, sí fueron asesinatos, ¿cómo lo hizo el criminal, sea quien sea?

—En todos los cadáveres hay señales semejantes a las que deja una serpiente al morder —dijo Brady—. Sin duda, ha fabricado un arma especial, que inyecta en el cuerpo de la víctima.

—Como una especie de jeringuilla doble, ¿no?

—Sí, pero eso indica la existencia de una mente infernal. Y, la pregunta surge inmediatamente: ¿era Enid lo suficientemente inteligente como para preparar unos crímenes por un procedimiento tan sofisticado?

—No puedo darte una respuesta concreta, porque me faltan datos —dijo la chica—. Pero mañana investigaré por mi cuenta y procuraré hablar con las personas que conocieron a Enid y la trataron con cierta intimidad.

—¿No hay actas de la reunión de la Junta Supervisora, cuando se ocupa de un caso semejante?

—Es un procedimiento singular, verbal, sin documentos. No se escribe absolutamente nada sobre el caso, pero todo el mundo sabe lo ocurrido.

. —Han muerto cuatro de los miembros que expulsaron a Enid. Quedan ocho, si ése es el número de los que componen la junta.

—Sigue siéndolo, Mark.

Wyllens y Bawmer se acercaron en aquel momento.

—Señor Brady —dijo el primero—, mi jefe quiere hablar con usted, acerca de lo ocurrido esta noche.

—Será un placer, teniente —contestó el joven.

CAPITULO IX

Por la tarde del día siguiente, Brady salió a su jardín, para segar un poco la hierba y así distraer su mente de las preocupaciones que la mortificaban casi de continuo. Cuando estaba más entretenido en la tarea, vio el coche de Diana, que se detenía frente a la casa.

Diana saltó del coche, pero no cruzó la acerca, sino que se volvió, para mirar en cierta dirección. Brady dejó la segadora y se acercó a la valla.

—¿Estás viendo algo interesante? —preguntó.

—Sí —contestó ella—. Aquel personaje...

Brady tendió la vista en la misma dirección y vio a un hombre que estaba en la puerta de una casa, situada a unos doscientos metros de distancia.

Con gran asombro por su parte, se percató de que era la casa donde vivía la señora Telford. Ella estaba en la puerta hablando con el individuo, el cual, pasados unos momentos, entró en la casa y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—¿Qué te extraña de ese hombre? —preguntó Brady.

Diana se volvió.

—Aquí en Westborough es todo un personaje. Aunque te parezca mentira, también hay castas en esta población.

—Vaya, nunca me imaginé...

—Matthew S. Howell no suele ser persona que frecuente este sector, por eso me extrañó verle por aquí.

—Ah, es un tipo importante.

—Podría decirse que es el de mayor peso de la comunidad. Y fue uno de los miembros que juzgaron a Enid hace cuatro años. Aún más, Mark. La Junta Supervisora no tiene presidente, al objeto de evitar que sus decisiones se vean influenciadas por alguien con demasiado carácter. Pero, extraoficialmente, puede calificarse a Howell como el presidente y muy pocas de sus recomendaciones son desatendidas por los restantes miembros.

—Eso significa que es un posible objetivo para la venganza de Enid —dijo él.

—Si esa teoría resulta ser cierta, sí. Vamos adentro, Mark; tengo noticias para ti. ¿Se verá aquella casa desde la tuya?

—Desde luego.

Diana se apostó en una de las ventanas del salón. Brady hizo café y le sirvió una taza.

—Bueno, adelante con las noticias —pidió.

—Respecto a las orgías que motivaron la expulsión de Enid, no he podido obtener demasiados detalles —explicó Diana—. Compréndelo; los protagonistas no van a mencionar unos hechos que en nada les benefician.

—¿Y el robo de joyas?

—No se pudo probar nada y sigue siendo un misterio, aunque acusaron a

Enid. Pero he logrado averiguar algo interesante. ¿Sabes que estuvo a punto de graduarse como ingeniero en CalTech?

—¿Te refieres a la Universidad Tecnológica de California? —exclamó Brady, muy asombrado.

—Sí, la misma. Sin embargo, dejó los estudios sin terminar. Parece ser que hubo algo de jaleo con un profesor casado y la cosa terminó mal. Entonces, se vino a vivir aquí, parece ser que esperando un empleo. Mientras, conoció a algunas personas y empezó a admitir visitas de cierta índole. El resto, puedes figurártelo.

—De modo que Enid era «casi» ingeniero.

—Sí. Eso explicaría el misterioso mecanismo que produce las señales tan parecidas a mordeduras de serpiente, ¿no crees?

—Desde luego, pero no aclara el veneno que mata a las víctimas,

—Hizo también un curso de Química, Mark.

—Entonces, pudo aprender mucho sobre venenos y tóxicos. ¿Lo haría, pensando en la venganza?

—Espera —dijo ella vivamente—. Ya sale Howell de esa casa, y lleva un gran bulto en las manos...

Brady se acercó a la ventana.

—Tienes una vista excepcional —sonrió—. ¿Cómo has reconocido al sujeto?

—Oh, no tiene nada de particular. Vine detrás de su coche y éste es inconfundible. No hay muchos Rolls con empuñaduras de oro en las portezuelas.

—Además, de importante, presuntuoso. ¿Llevará un muñeco en ese bulto?

—Probablemente. Oye, tú que eres amigo de la señora Telford, ¿por qué no se lo preguntas?

—¿Quieres que te sirva de espía?

—No es nada pecaminoso, me parece.

—Bien, ya iré otro rato. Diana, se me ha ocurrido una idea.

—A ver, dime.

—Si Enid está realizando su venganza, es de suponer que se encuentre en Westborough ... bajo otra personalidad, ¿no crees?

La joven, arrancó de pronto hacia la puerta.

—Seguiremos en otro momento —dijo—. Ahora voy a ver si consigo saber a quién piensa regalar Howell el muñeco que acaba de comprar.

—A alguno de sus hijos.

—Son ya crecidos, pero aún no tiene nietos. ¡Hasta luego!

Brady se quedó solo, pellizcándose el labio inferior. Le pareció indiscreto visitar a Sara solamente para preguntarle por qué un importante personaje le compraba uno de sus muñecos. Iría mañana, no había prisa alguna.

El teléfono sonó de pronto, arrancándole de sus reflexiones.

Era Sally Thomas.

* * *

Sally puso whisky en un vaso, añadió un par de cubitos de hielo y lo entregó a su visitante.

—Tal vez te sientes molesto porque te haya hecho venir a mi casa sin ganas —dijo.

—Al contrario, me siento encantado —sonrió él—. ¿Te ocurre algo?

—Nada en particular, sólo que he oído las noticias y como sé que estuviste en la fiesta, me gustaría oír algunos detalles de tu boca. ,

—Pensé que te desagradaban esa clase de diversiones, Sally.

Ella se sentó en el diván y escondió bajo su cuerpo las bien formadas piernas.

—Esas diversiones, en sí, desde luego. Pero cuando se producen sucesos morbosos, también soy curiosa, como las de más personas. He oído decir que ha sido descartada la teoría de la serpiente. ¿No es así?

—Ahora ya no cabe duda de que se trata de unos asesinatos... ¿Conoces la historia de Enid Byngton?

—No. ¿Tiene alguna relación con esas muertes?

—Parece que sí —contestó Brady.

—Cuenta, cuenta... Debe de ser una historia fascinante —dijo Sally, removiéndose ligeramente en su sitio.

Brady habló durante unos minutos. Cuando terminó, Sally hizo un gesto pesaroso con la cabeza.

—Pobre mujer... Debió de sufrir mucho, ¿no crees?

—Bueno, según se mire... Pero tampoco hay para vengarse de una forma tan atroz —objetó él.

—Claro, claro, aunque sería preciso hablar con esa mujer, para saber qué hay actualmente en su interior. Mark, pequeñas causas producen grandes efectos. Quizá otra persona se lo hubiera tomado con más calma, pero acaso Enid se sintió muy herida psíquicamente y no ha podido olvidar lo que le hicieron tiempo atrás.

—Es una teoría llena de posibilidades —convino él—. En todo caso, yo soy psiquiatra.

Sally sonrió.

—Todo lo contrario; eres un hombre» encantador —aseguró.

Se desenroscó de su postura y, acercándose al joven, se sentó en sus rodillas. Después de un par de besos, empezó a quitarse la blusa, debajo de la cual no había otra prenda.

—Sally, no me provoques...

—Atrévete a prohibírmelo —rió ella.

Brady suspiró.

—Y sin manzana —dijo.

—No hace falta —aseguró Sally ardientemente.

* * *

Diana le llamó por teléfono aj día siguiente.

—¿Estuviste fuera, Mark? —preguntó.

Brady prefirió no contestar de una forma concreta.

—Salí a dar un paseo, luego me metí a cenar en un restaurante y, al salir, pensé que podía ver una buena película. Regresé a casa bastante tarde —mintió, aunque la verdad era que había vuelto casi a la madrugada—. ¿Tenías algo interesante que decirme?

—Sí, ya sé a quién regaló Howell el muñeco?

—¿Seguro?

—Lo vi detenerse y entrar en una casa, con el bulto en las manos, media hora más tarde salió y ya no llevaba el muñeco. La casa pertenece a Rutherford T. Clancey, persona de casi tanto relieve como Howell. I

—Serán amigos, supongo. ¿Tiene Clancey hijos pequeños0 j

—Una nieta de cinco años. Los padres viven con él; es decir, toda la familia en la misma casa. Pero cuando salió, le vi muy extraño.

—¿Que quieres decir?

—Parecía muy enfermo. Hubo un momento en que creí iba a derrumbarse sobre el volante. Luego pudo arrancar y... Bueno, hoy he llamado a su despacho y me han informado que no ha ido, porque se encuentra en cama. En su casa me han dicho que tiene un fuerte catarro y que no se encuentra bien.

—Diana, no me gustaría desilusionarte, pero todo eso me parecen chismorrerías sin importancia —dijo Brady—. Pensé que ibas a contarme algo interesante...

—¿Y tú? ¿Has hablado con la señora Telford?

—¿Por qué tanta prisa? Ella fabrica unos muñecos muy bonitos y no es nada delictivo ni sensacional, creo. A menos que opines lo contrario, naturalmente.

—Mark, mi revista también se ocupa de chismes y comentarios sobre la gente qué vive en esta población.

—Como quieras —se resignó él—. Procuraré visitarla esta tarde. Me invitaré a tomar el té.

—Gracias, encanto.

—¿De veras?

Diana rió argentinamente. De pronto, Brady oyó un chasquido al otro lado de la línea y pensó que ella había cortado. Pero la chica seguía riendo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó.

—Adivínalo, tonto —contestó ella.

Y colgó, antes de que Brady pudiera seguir hablando. Al cabo de unos instantes, dejó el teléfono sobre la horquilla, se puso en pie y caminó hasta la ventana, desde la que podía ver en parte la casa de Sara Telford.

* * *

Llamó a la puerta y esperó un rato, cosa que no le extrañó, ya que suponía que Sara no podría acudir con la rapidez de una persona joven. Al fin, se abrió la puerta y vio el dulce rostro de anciana.

—Mark, ¿qué te trae por aquí? —exclamó ella.

—Debería haber venido con una tacita vacía y pedirle un poco de harina o de azúcar —contestó Brady jovialmente—. Pero no es nada de eso; sólo quería charlar un rato con usted. Si no molesto, claro.

—Tú nunca molestas, Mark —respondió Sara—. Pasa, pasa... —Caminaba apoyada en el bastón, con la mano izquierda en el costado—. Hoy me está dando el día este dichoso reúma —se quejó.

—¿Por qué no va a visitar a un médico? —sugirió él.

—Los médicos no pueden recetarme lo único que necesito: treinta o cuarenta años menos —dijo ella—. Siéntate y te traeré una taza de té. ¿O prefieres café?

—Lo que no quiero es que haga nada por mí. Oiga, un día me tiene que enseñar el taller donde fabrica sus muñecos.

—¿Quieres comprarme uno?

—Tengo una hermana casada, con dos niños, y me gustaría regalarle uno.

—Comprendo. Pero me dirás las preferencias... ¿Quieres el pato Donald? ¿O te gustaría más uno de los enanitos de Blancanieves?

Brady recordó el muñeco que había visto en manos de Mary Laskin.

—Uno de los enanitos —contestó—. ¿Cuestan mucho?

—Hombre, para ti, haría un precio especial. Ya nos arreglaríamos, no te preocupes.

—No tengo prisa —manifestó Brady—. Sé que tiene mucha clientela. No hace mucho vi a un hombre que salía de esta casa con un muñeco. Es decir, supongo que era un muñeco.

—Era Howell uno de los más conspicuos ciudadanos de Westborough , pero también un tipo dominado por la tacañería. Quería pagarme la mitad del precio que suelo cobrar normalmente.

—Y usted no cedió, claro.

—Detesto a esa clase de tipos. Les salen los billetes hasta por las orejas, y todavía querrían tener aún más dinero. No sé de qué les sirve ser tan ricos, si luego no saben disfrutar de las cosas buenas de la existencia. Y no digo que se dediquen a derrochar su capital en orgías o gastos insensatos, sino que... bueno, ¿a qué seguir? Lo único que conseguiría es hacer mala sangre y ya no estoy para enojarme con nadie. ¿De veras no quieres una taza de café?

Brady, sonrió.

—Té, y usted me acompañará —replicó.

—De acuerdo, muchacho —suspiró ella—. Los años pesan, Mark, pesan como piorno. Acuérdate de esto que te digo, cuando llegues a mi edad.

Renqueando, Sara se marchó hacia el interior de la casa. Brady

compadeció íntimamente a la anciana. Le gustaría hacer algo por ella, pero no se le ocurría nada.

Más tarde, hablaría con Diana, pero preveía que tendría muy poco que contarle.

CAPITULO X

En la oscuridad de la noche, se oyó un grito desgarrador.

Las luces se encendieron en una casa y luego se apagaron, para volver a encenderse casi en el acto. No lejos de aquella casa, un individuo dormitaba en un banco.

Barry Kegg se removió inquieto en su nada cómodo lecho. Abrió un ojo y empezó a pensar en la conveniencia de buscar una fuente donde saciar su sed. La víspera había cenado fuerte y los manjares estaban demasiado sazonados, aparte del whisky que había ingerido y no en pequeñas cantidades.

Haciendo muecas y visajes, se levantó y caminó en busca de una fuente que había a poca distancia. La encontró, bebió unos cuantos sorbos de agua y luego hurgó en los bolsillos de su ajada chaqueta. Maldijo al sacar el frasco con unas pocas gotas tan sólo.

Regresó al banco. De pronto, creyó oír unos pasos que sonaban en las inmediaciones.

Reclinado sobre un costado, aunque apoyado en un codo, escuchó atentamente. Eran los pasos de una persona que parecía caminar con grandes precauciones.

Muy a lo lejos, se oía cierto escándalo, pero Kegg no prestó atención a aquellos sonidos. Alguien se le acercaba y si era un policía no lo iba a pasar bien. A los policías de Westborough no íes gustaban los vagabundos ni los borrachos.

De repente, vio a la persona que causaba el ruido de pasos.

Kegg sintió que se le caía la mandíbula.

—Dios, un enano...

El minúsculo individuo caminaba a buen paso, en línea recta, sin mirar a derecha e izquierda. Kegg estuvo contemplándolo, hasta que casi desaparecía de su vista.

Entonces, súbitamente despabilado, se puso a seguirlo.

—Los enanos tienen una cueva llena de piedras preciosas —farfulló—. Si le sigo, la encontraré y me haré rico...

De pronto, vio que el enano se desviaba bruscamente hacia su derecha, metiéndose al otro lado de un seto. Kegg tardó algunos segundos en comprender los motivos de aquella acción, pero cuando oyó los pesados pasos de un guardia nocturno, buscó también el refugió de un árbol cercano, tras el que se escondió, hasta que el peligro hubo pasado.

Luego pasó al otro lado del seto, pero el enano ya no estaba allí.

Perplejo, se rascó la cabeza.

—¿Lo habré soñado?

Sin embargo, recordaba haber visto otro personaje análogo algunas semanas antes y ahora estaba seguro de no haber sufrido ninguna alucinación. Sería cosa de buscar la cueva del tesoro de los enanos, se dijo.

Pero, ¿dónde estaba?

Al cabo de un rato, se volvió a su banco y, minutos más tarde, dormía nuevamente con toda tranquilidad, ignorante del horrible suceso que se había producido a unos trescientos metros de distancia.

* * *

Entró en la casa y, desmadejada, se dejó caer en el diván. Brady la contempló, con simpatía.

—Lo has visto —adivinó.

Diana hizo un gesto de asentimiento.

—Horrible —repuso—. Como los otros, claro.

—Así que esta vez le tocó el tumo a Clancey, uno de los que componían la junta que expulsó a Enid.

—Sí, y ahora ya se sabe que ella ha resuelto cumplir su juramento. Figúrate, eran doce y ya han muerto cinco

—Por tanto, quedan siete. ¿Han dicho algo?

—Cuatro, por lo menos, han desaparecido. Quedan tres, a los cuales se les va a otorgar protección policial. Es decir, a dos solamente, porque uno la ha rechazado.

—¿Quién es?

—Howell.

—Ah, el que compró el muñeco para Clancey.

—Sí. Está destrozado, porque Clancey era su amigo, pero, al mismo tiempo, se mantiene firme y lia dicho que él no abandonará la ciudad, porque una loca ande por ahí matando a la gente. Es un tipo con redaños, Mark.

—A lo mejor es que no quiere abandonar su tesoro —sonrió Brady.

—¿Qué tesoro? —se sorprendió ella.

—Bueno, era una metáfora. Hablé con Sara ,y me dijo que es un tipo muy tacaño. Quería pagarle por el muñeco que compró la mitad de lo que vale. Por eso hice el comentario.

—No lo creo. Será tacaño, no lo discuto, pero su dinero está en el banco. Pero ha demostrado ser un hombre valiente.

—Sobre eso, no parece haber dudas. Diana, ¿qué dice la policía?

—Andan' locos buscando a Enid. Ahora ya están seguros de que es ella.

—A menos que se esconda en alguna cueva... pienso que en Westborough no hay muchos escondites; esto no es una ciudad densamente poblada, como Los Angeles, Nueva York...

—Wyllens sospecha que ha adoptado otra personalidad. Y a mí me parece lógico.

—¿Tú crees?

—Quizá está paseándose por la calle en estos momentos, sin que nadie sepa reconocerla.

Brady meneó la cabeza.

—Yo no !a reconocería, desde luego; no la he visto en mi vida —manifestó—. ¿Y tú?

—El sargento me dio una fotografía suya, tomada hace algunos años. Al ver esa fotografía, la he recordado, pero, de otro modo, no sabría reconocerla. Pero fíjate, basta que una mujer se ponga una peluca rubia, por ejemplo, para que su rostro cambie de una forma casi total.

—¿Tienes ahí la fotografía?

—Sí, claro.

Diana abrió el bolso y sacó una cartulina, que entregó al joven. Brady vio a una joven, de abundante cabellera negra, con grandes gafas, de montura un tanto excéntrica.

—¿Era miope?

—Un poco, creo.

—A pesar de todo, se la ve guapa.

—Lo era, de eso no hay dudas.

—Diana, ella vivía en la población, creo.

—Sí, desde luego.

—¿Sabes si la casa era suya o alquilada?

—No, aunque podemos preguntarlo en el Ayuntamiento. Allí llevan un registro muy preciso de todos estos datos. ¿Por qué lo dices?

—Si la casa era suya, podríamos tal vez encontrar algo que nos diera una pista. Si la alquiló, después hubo otros inquilinos y las pistas se habrán borrado. Pero creo que nos conviene salir de dudas.

Ella se puso en pie con vivos movimientos.

—Tienes razón —exclamó—. ¿Vamos?

—Ah, no te importa que te acompañe.

—Puesto que eres el autor de la idea, tienes derecho a conocer sus resultados antes que ninguna otra persona —contestó Diana, con los ojos muy brillantes.

Diez minutos más tarde, estaban en una oficina municipal. Un empleado les atendió amablemente y, después de conocer sus pretensiones, sacó un gran libro, que desplegó sobre el mostrador.

—Aquí somos todavía un poco anticuados —dijo, mientras pasaba las páginas—. En otros lugares, hay ordenadores, que dan las respuestas en segundos, pero nosotros recurrimos todavía al viejo, aunque eficiente sistema del libro de registro y las anotaciones a mano... Ah, aquí está...

Diana inclinó el busto hacia adelante.

—¿Era suya la casa o alquilada? —preguntó, ansiosa.

—Vamos a ver... Sí, aquí está... La casa pertenecía a Ralph Byngton y era el número ochocientos diez de High Mountain... Es decir, la compró el esposo, aunque luego se inscribió a nombre de la viuda.

Brady se puso rígido al oír aquellas palabras.

—¿Está seguro de que la casa está en esa dirección? —exclamó.

—Absolutamente, señor. Si quiere leerlo usted mismo...

—No, no hace falta, muchas gracias.
—Mark —exclamó Diana—. ¿Qué te pasa?
Brady movió la cabeza.
—Anda, vamos —dijo—. Creo que ya sé quién es Enid Byngton realmente.
El joven caminaba hacia la salida a grandes zancadas. Diana tuvo que correr para situarse a su altura.
—Parece que sabes algo interesante —observó, cuando ya entraban en el coche.
Brady exhaló una risa amarga.
—¿Interesante? Oh, Dios, he tenido a esa mujer en mis brazos... y ni por un momento se me ocurrió que pudiera ser una asesina...
—¿Qué me dices? —se pasmó la muchacha. :
—Anda, vamos. —Brady accionó la mano con violencia—. Date prisa, si queremos llegar pronto al número ochocientos diez de High Mountain.
Diana hizo arrancar el coche. Cinco minutos después, oyeron una sirena policial y ella arrimó el vehículo a la derecha.
—Nos van a clavar una multa —dijo tristemente.
Pero, ante su asombro, el coche policial les rebasó a toda velocidad. Brady vio al sargento Wyllens, con las manos aferradas al volante, y presintió lo que sucedía.
—Ellos también lo han adivinado —exclamó.
Diana pisó el acelerador nuevamente. Minutos más tarde, llegaban a la casa.
Saltaron fuera del coche. Wyllens salió a la puerta.
—Si venían a buscar a Enid Byngton, pierden el tiempo. La pájara ha levantado el vuelo —dijo.

* * *

Brady llamó a la puerta y Diana abrió a los pocos instantes.
—¿Tienes noticias? —preguntó él.
—¿Y tú?
—Lo único que se sabe es que Enid ha desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra.
—Por lo visto, sospechó que podían buscarla y se escapó.
—Así parece, Diana.
—Anda, acomódate y te haré un poco de café —dijo la chica.
—Gracias.
Diana vino poco después, le entregó una taza humeante y se sentó frente a él.
—Estás decepcionado —adivinó.
—Bueno, hasta cierto punto... No resulta agradable, como puedes figurarte.
—¿Fue... intenso?

—Bastante. Ella es muy hermosa.

—Y tú no eres de piedra.

—Diana, procura ponerte en mi lugar.. ¿Qué habrías hecho?

Ella sonrió comprensivamente.

—Los hombres —dijo—. Por menos de nada, pierden la cabeza...

—Diana, ella dijo que no tenía compromiso. Yo tampoco.

—Y, claro, caíste...

—¿Por qué me lo tienes que reprochar? A cualquiera, en mi situación, le habría sucedido lo mismo. Además, yo no la conocía. Y aunque la hubiese conocido cuando era Enid Byngton, no habría sabido ver su auténtica personalidad. Enid era morena y llevaba gafas. Sally, rubia y sin lentes. Eso cambia todo, ¿no crees?

—Posiblemente, usaba lentillas de contacto.

—Eso es seguro. Los ojos eran muy azules.

—Ella los tenía marrones. Sí, su aspecto tuvo que cambiar radicalmente. Sin embargo, existe una esperanza.

—¿De veras?

—Si no ha desistido de su venganza, volverá a dar señales de vida. Y entonces, la capturarán.

—Ojalá sea así. —Brady apretó los labios—. Pensar que estuvo en la fiesta y que mató a dos personas...

—Había muchos disfraces. No se sabe cuál era el suyo.

—Yo sí lo sé, pero ahora, cuando es tarde. Ella iba disfrazada de Muerte.

Diana sintió un escalofrío.

—Un disfraz enteramente apropiado —comentó.

Callaron un momento. Luego, ella trató de sonreír.

—Mark, se te pasará —dijo.

—Yo también lo creo así. En fin, sólo es cuestión de dejar pasar un poco de tiempo. De todos modos, no te vayas a creer que estaba locamente enamorado de ella. Aún no había llegado a tanto.

—Claro, Mark.

Brady se puso en pie.

—Lo Importante es que no vuelva a cometer más crímenes. Pero eso ya es cosa de la policía.

—Yo seguiré investigando. Tengo que hacer un buen reportaje. /

—Sí. Ten cuidado, Diana.

—Lo tendré, Mark.

Brady salió a la calle. Levantó la vista al cielo. ¿Dónde se había metido Enid?

Se preguntó por qué había tenido 'que adoptar la personalidad de Sally Thomas, pero no encontró respuesta para aquel enigma que, le pareció, no era demasiado importante.

La real importancia del caso radicaba en evitar que volviera a cometer más asesinatos.

CAPITULO XI

De pronto, Diana se encontró con una persona conocida y decidió hacerle algunas preguntas, aunque fuese en medio de la calle.

—Señor. Howell...

El hombre se volvió.

—¿Qué desea, señoría?

—Soy Diana Ralston, del *Totalphone*. Deseo conocer su opinión sobre la muerte del señor Clancey.

—No tengo riada que decir —contestó Howell bruscamente.

—Perdone, pero usted era íntimo amigo de Clancey...

—¿Y eso qué tiene que ver? Está muerto y la policía no hace nada para encontrar a esa horrible asesina.

—Hacen lo que pueden —protestó Diana—. ¿Cree en la teoría de la venganza, señor Howell?

—Está claro, ¿no? Esa mujer está loca...

—Señor Howell, usted fue a ver a Clancey la víspera del día de su muerte. ¿No comentaron nada sobre el asunto?

—¿Cómo lo sabe? —gritó el hombre descompuesto.

—Bueno, usted le llevó un muñeco para su hija...

El rostro de Howell palideció horriblemente. Diana creyó que la a desmayarse.

—¿Le sucede algo? ¿Se siente mal? —preguntó.

Howell la apartó bruscamente.

—Déjeme en paz de una vez, maldita entrometida —barbotó, a la vez que echaba a andar hacia su automóvil.

Diana se quedó muy pensativa junto al bordillo de la acera. ¿Por qué había palidecido Howell? ¿Qué había de malo en que hubiese mencionado el regalo para la hija de Clancey?

De pronto, tuvo el presentimiento de que Howell sabía del caso mucho más de lo que daba a entender. Incluso...

Meneó la cabeza. No, no era posible que fuese cómplice de aquellos crímenes. Howell era todo un personaje en Westborough y, pese a su altanería y su desmedido Orgullo, era incapaz de cometer ciertas acciones.

Pero la idea se aferró a su mente de un modo casi obsesivo y, por más que lo intentó, no pudo librarse de aquellos pensamientos.

Entonces, empezó a preguntarse qué podría hacer para probar que Howell tenía alguna relación con las muertes que en un principio habían sido achacados a una serpiente venenosa.

Por su parte, Brady había tenido otra idea, muy distinta, aunque también relacionada con el mismo caso.

* * *

Agazapado en la oscuridad, esperaba pacientemente.

Estaba allí desde primeras horas de la noche. Cuando se cansó de aquella postura, se sentó al pie de un árbol y apoyó la espalda en el tronco. Se hallaba en un lugar muy oscuro y, puesto que nadie sospecharía de su presencia, confiaba en oír los ruidos que anunciasen la llegada de una persona, en el caso de que el sueño acabara por vencerle.

Alrededor de las doce, oyó crujidos de pasos en la grava del sendero central. Inmediatamente, se puso en pie, situándose al otro lado del árbol.

Dos siluetas oscuras aparecieron en su campo visual. Conteniendo la respiración, Brady vio que se dirigían a la trasera de la casa.

El hombre era alto, fornido, de vientre prominente, un poco calvo. La otra persona no ofrecía contornas definidos. Dada la falta de luz, le resultaba imposible averiguar su identidad.

Procuró seguirlos sin hacer el menor ruido. De pronto, los vio detenerse al pie de un grueso olmo.

—¿Lo ves? Nada, ni el menor rastro —dijo la otra persona.

Brady se puso rígido. ¿Qué hacía allí Enid Byngton, en compañía de Howell?

—A pesar de todo, creo que deberíamos cambiarlo...

—Eres un imbécil —le apostrofó ella—. No hay el menor rastro en el suelo; está como si no hubiese nada a dos metros de la superficie... y tú quieres ahora sacar un cuerpo putrefacto y llevarlo a otra parte. ¿Adonde, estúpido? Aquí no lo encontrarán jamás.

—Pero están las pruebas...

—Tampoco las encontrarán. ¿Por qué habrían de encontrarlas, si tic silben que «él» está aquí debajo? Anda, Matt, lo mejor será que nos volvamos. Ve a tu casa y duerme tranquilo; ya te avisaré cuando tengas que hacer algo otra vez.

—Estamos sobre un volcán —gimió Howell.

—Pronto se apagará —dijo ella fríamente.

—La periodista...

—¿Diana Ralston? —Enid lanzó una agria risotada—. Antes de que amanezca, nos habremos librado de ese problema.

Brady oyó aquellas palabras y se quedó helado. Por un momento, sintió la tentación de abandonar su escondite y lanzarse contra aquella pareja de asesinos, pero lo pensó mejor y se mantuvo quieto. Podían llevar armas y él no tenía siquiera, un garrote para defenderse.

Howell y Enid se marcharon. Brady oyó el rumor del coche que descendía por la calle en pendiente. Al cabo de unos momentos, corrió hacia la casa y, sin preocuparse en absoluto de las consecuencias, rompió el cristal de una ventana para poder entrar.

Momentos después, tenía el teléfono en la mano. Muy aliviado, comprobó que la línea no había sido cortada todavía. Insistió en la llamada, hasta que

oyó la soñolienta voz de la muchacha:
—Diga...
—Diana, soy Mark. Escúchame con atención; enciérrate en la casa, cierra todo y no abras a nadie, excepto a mí, cuando llegue dentro de un cuarto de hora. ¿Lo has entendido?
—Sí, pero., ¿qué sucede, Mark?
—Te lo explicaré después. Iré por la puerta trasera y llamaré con tres golpes, dos, uno y tres. Recuerda la contraseña. Hasta ahora.
Brady dejó el teléfono en la horquilla y corrió hacia la ventana. Tenía que darse prisa, aunque esperaba llegar a tiempo, para evitar a la muchacha un terrible peligro.

* * *

Aguardaban en silencio, en la oscuridad, sentados en el último peldaño de la escalera que conducía al primer piso. No obstante, se filtraba algo de luz a través de las ventanas, procedente de tas farolas de la calle, y podían ver la planta baja sin demasiadas dificultades.
—Así que Howell está de acuerdo con Enid —murmuró Diana, que ya conocía todo lo que había sucedido en High Mountain.
—Ya no hay dudas —contestó él—. Más todavía, sospecho que fue Howell quien mató al esposo de Enid.
—Ella dijo siempre que la había abandonado, marchándose, sin dejar rastro. Y resulta que está bajo seis palmos de tierra, en el jardín de su propia casa.
—Y con las pruebas del crimen, junto a sus restos. Pero eso no se compagina mucho con lo que nos dijo el empleado del registro, ¿verdad?
—Sí, dijo que ella era viuda... Mark, pienso que Howell, con su influencia, intervino para alterar la anotación del registro. Así, la casa pertenecería siempre a Enid y no habría motivos para excavar en el jardín.
—Parece lógico, pero, ¿cómo se explica que Howell fuese uno de los más encarnizados defensores de la expulsión?
—Tendríamos que hablar con él... y hablaremos, pero cuando todo haya pasado —dijo la muchacha—. Hay muchos enigmas que deben ser aclarados y la gente de Westborough tiene derecho a conocer la verdad.
—Conseguirás un buen reportaje —sonrió Brady.
Eh aquel momento, se oyó el ruido de un coche que se detenía en las inmediaciones. Diana agarró crispadamente el brazo de su acompañante.
—Ya están ahí...
El joven se puso lentamente en pie. Durante unos momentos, no hubo otra cosa que silencio. Luego se oyó el ruidito que hacía la puerta trasera al abrirse y cerrarse sucesivamente.
Brady sacó la pistola que Diana le habla proporcionado. Los dos esperaron en completo silencio, aguantando la respiración, sin hacer el menor

movimiento.

El automóvil volvió arrancar y se alejó, perdiéndose en la noche el ruido de su motor. Brady se sintió desconcertado. —Quizá es el coche de algún vecino...

—Calla —dijo Diana de súbito—. Oigo pasos abajo. Brady alargó el cuello. Alguien se movía en la planta baja. Eran unos pasos tenues, como de una persona de peso muy liviano. Brady no lo pudo soportar más y empujó a la muchacha hacia atrás.

Enciende las luces —ordenó.

Diana obedeció. Las tinieblas se alejaron instantáneamente.

Sonó un agudo chillido. Brady creyó que se le saltaban los ojos fuera de las órbitas.

El intruso estaba al pie de la escalera, disponiéndose a subir el primer peldaño, cosa que hizo no sin dificultades. Diana creía estar bajo los efectos de una pesadilla.

—Es un enano...

Brady adivinó la verdad en un instante.

—No, un muñeco —corrigió—. Un muñeco tan perfecto casi como un ser humano.

Guardó la pistola y buscó algo con la vista. El muñeco estaba ya en el segundo peldaño. Corrió al dormitorio y volvió con un par de almohadas.

—No te muevas, Diana.

Ella contemplaba la escena con ojos llenos de horror. El muñeco, impasible, movido por una especie de instinto que no era humano, continuaba su ascenso.

Brady bajó paso a paso. Los ojos del muñeco, observó, eran desproporcionadamente grandes. Uno de ellos, sin embargo, parecía brillar algo más que su pareja.

Las manos también resultaban un tanto desproporcionadas, con relación a la estatura normal. Momentos después, tenía al muñeco a sus pies.

Entonces, le arrojó una de las almohadas. El muñeco reaccionó con indescriptible rapidez y golpeó con todas sus fuerzas, empleando para ello la mano derecha.

Brady le empujó con la otra almohada y el enano cayó de espaldas y rodó aparatosamente por la escalera, quedándose inmóvil al pie. Una ligera columnita de humo brotó de alguna ranura.

—Ya está —dijo—. No hay peligro, Diana.

Brady descendió los restantes peldaños en un par de saltos y se arrodilló junto al muñeco. Entonces vio algo que le puso los pelos de punta.

—Ven —llamó.

Diana acudió en el acto. Brady señaló la mano derecha del muñeco. Ella sintió un escalofrío.

Los dedos índice y medio sobresalían algo más de lo normal y siempre respecto a las proporciones correspondientes a al tamaño del muñeco. Brady

contempló aquellas dos puntitas blanquecinas, de un centímetro de largo, que sobresalían del extremo de los dedos. Tenían forma cónica, muy alargada, y el final parecía mojado en una sustancia de color rojo oscuro.

—¿Tienes una lupa en casa? —preguntó él.

Diana se incorporó y corrió a su gabinete de trabajo. Brady usó la lente de aumento para examinar aquellos dos conos blancos, tan aguzados.

—Lo que me imaginaba —dijo—. La punta no es absoluta, quiero decir que tiene un diminuto orificio, por el que sale el veneno, una vez que se ha clavado en la carne.

—O en algo blando —repuso ella, a la vez que le enseñaba una de las almohadas.

Brady volvió la cabeza. Era la almohada con la que había rechazado primeramente al muñeco. En su blanca superficie se divisaban dos diminutos orificios, rodeados por unos pequeños círculos oscuros, todavía húmedos.

—Será preciso guardarla, para que analicen la naturaleza del veneno, que no habrá sufrido alteraciones en su estructura química, debido a que no ha sido inyectado en una masa orgánica. Y también los expertos tendrán que ocuparse del muñeco.

—Es cierto —convino Diana—. Mark, ¿te imaginas ahora quién lo ha hecho todo?

—Me imagino más cosas —dijo él, profundamente conturbado.

—Estás pensando en...

—En una maestra del disfraz, que ha sabido engañarme en todo momento.

—Sara Telford.

—Ya no hay dudas, Diaria.

Brady se incorporó lentamente. Ella le miró con ojos expectantes.

—¿Qué piensas hacer, Mark?

El joven no tuvo tiempo de contestar. En la puerta de la casa sonaron unos fuertes golpes. Diana, asustada, gritó de pavor y se abrazó a Brady con todas sus fuerzas. Los ojos del joven fueron instintivamente hacia la entrada.

Vaciló un momento. Luego, fuera, se oyó una voz aguardentosa:

—Eh, ¿es que no hay nadie en esta casa?

* * *

Brady llenó un vaso y se lo entregó al andrajoso visitante. Barry Kegg arreó un buen tiento al whisky, chasqueó la lengua apreciativamente y luego hizo un guiñe a la muchacha.

—Es de lo bueno —dijo, complacido—. Lamento haberles asustado, pero no veía el timbre de llamada...

—En resumidas cuentas, ¿qué quiere usted, Barry? —preguntó ella.

—¿Lo conoces? —se extrañó Brady.

—Un poco. Algunos le llaman el hombre «yo-yo».

—¿Por qué?

—Bueno, la policía me expulsa de la población y yo vuelvo al poco tiempo —explicó Kegg—, Aunque procuro esconderme, siempre acaban encontrándome, pero yo insisto y vuelvo... Aquí se vive estupendamente; los cubos de basuras son verdaderos restaurantes, créanme. Las gentes de Westborough desperdician demasiada comida...

—Barry, usted no ha venido a explicarnos su *modus vivendi* —le interrumpió Diana—. ¿Qué tiene que decimos?

—Bueno, verá... Es que hace un rato vi un coche que: se paraba y el hombre se apeó y dejó algo en la puerta. Era un muñeco, ¿saben?

—Sí, lo sabemos. ¿Qué más?

—Ese tipo abrió la puerta y dejó que el muñeco entrase en la casa. De momento, no dije nuda; pensé que quizá trataba de gastarles una broma... o de hacerles un regalo... Pe ro me había despertado y me costaba mucho dormirme de nuevo, así que me puse a pensar en el muñeco, y al cabo de un rato recordé otros dos parecidos, que había visto ya antes.

—¿De veras, Barry? —preguntó Diana ávidamente.

—Sí. Me encontré con el primero la noche en que murió el señor Grover, Al otro lo vi hace muy pocos días, justamente en la noche de la muerte de Clancey.

Diana se volvió hacia el joven. “

—Eso explica por qué no se encontraron jamás los muñecos asesinos —dijo, muy excitada.

—Sí, desde luego. Ella los controla a distancia... Me imagino el procedimiento y, sobre todo, si tenemos en cuenta sus conocimientos técnicos, sin olvidar tampoco el curso de Química que hizo en CalTech.

Brady se volvió hacia el vagabundo.

— Barry, ahora, una pregunta, por favor —dijo—, ¿Reconoció al hombre que trajo el muñeco?

—Claro — rió Kegg—. ¿Quién no conoce, en esta población, a! orgulloso y omnipotente Matthew S. Howell?

CAPITULO XII

En aquellos momentos, Howell, con las manos húmedas y la frente cubierta de sudor, estaba entregado a unas extrañas manipulaciones con un aparato que parecía un transmisor de radio. Brady ignoraba el detalle cuando llamó a la puerta de la casa de Sara Telford.

La respuesta tardó algunos momentos en llegar. Brady pronunció su nombre. Sara, asomada a una ventana del piso superior, dijo que bajaría en seguida a abrirle.

Cuando la vio, ella estaba envuelta en una larga bata de felpa. Brady la miró críticamente.

—Será mejor que te quites el disfraz —dijo sin rodeos.

Bruscamente, alargó la mano y le arrancó la peluca blanca. Los negros cabellos, auténticos, quedaron al descubierto.

Ella se irguió lentamente. Ya no era la anciana de movimientos tardos y mirada mortecina.

—¿Cómo lo has sabido, Mark?

—Debí haberlo adivinado mucho antes. Por ejemplo, cuando me enseñaste una trampa muy bien montada, para capturar a un reptil inexistente. O cuando dijiste que nadie nos lo reprocharía... Estábamos desnudos, ¿recuerdas?

Lentamente, Enid empezó a quitarse la máscara que proporcionaba a su rostro la apariencia de una anciana.

—Cometí un error —admitió.

—Pero querías vengarte.

—Eso es cierto.

La máscara cayó. Brady estudió fijamente aquellas hermosas facciones.

—¿Es cierto que se desarrollaban orgías en tu casa?

Enid rió amargamente.

—Y, ¿quiénes eran los más activos? Howell, Cancey, Grover,..

—Los miembros de la Junta Supervisora, claro.

—No todos, sin embargo.

—Pero ellos fueron los que más empeño pusieron en expulsarte.

—Sí. Me habían utilizado para sus caprichos, junto con algunas otras mujeres que ya no están aquí y, como la cosa amenazaba con trascender, decidieron cortar por lo sano y cubrirse con mi expulsión.

—Añadiendo., además, las joyas robadas. ¿Fue cierto?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Las rotó, efectivamente, y las tengo guardadas..,

—¿Dónde?

—Pensaba sacarlas algún día. Por ahora, no me hace falta el dinero, pero no fueron joyas robadas; ellos me las entregaron generosamente.

—¿Habías en serio?

—Tenían miedo... —Enid rió burlonamente—. Oh, los severos miembros

de la junta... Hacían lo que yo quería.

—Hasta que se confabularon contra ti. ¿Por qué no te rebelaste entonces?

—No podía, Mark.

—Sin duda, debido a la muerte de tu esposo.

—Yo no lo hice, y tampoco voy a decir que lo lamentase demasiado, pero entonces las pruebas estaban contra mí. No hubiese podido demostrar mi inocencia y ellos se aprovecharon de la situación. Fue mucho después cuando me di cuenta de que podía haber resistido.

—¿Por qué?

—Howell vino un día a verme a Los Angeles. Todavía seguía encaprichado de mí. Me pidió que le devolviese el reloj de oro que, según él, yo le había sustraído durante una de sus entrevistas. Le dije que no sabía nada de ese reloj, y era cierto. Howell lo tenía en mucha estima; había sido de su padre y tenía una dedicatoria inequívoca. La cadena padecía un defecto y se le había soltado más de una vez. Comprendí entonces dónde estaba, pero preferí callarme.

—¿Dónde está el reloj?

Enid rió amargamente.

—Si lo hubiera recordado entonces... Howell mató a mi esposo y yo le ayudé a enterrarlo. Apuesto algo a que el reloj se le cayó cuando lo arrojábamos a la fosa.

—Eso puede ser una prueba contra él' —opinó Brady.

—Sí, porque todos conocían a mi esposo y sabían que no se hubiese arriesgado a robar un reloj de oro que, en realidad, sólo tenía valor sentimental para el dueño.

—¿Fue entonces cuando ideaste tu plan de venganza, con los muñecos teledirigidos?

—Hacía tiempo que meditaba algo. No podía permitir que aquellos miserables siguieran disfrutando de la vida, mientras yo había sido expuesta a la vergüenza pública. Ensayé unos meses con algunos muñecos...

—Y te estableciste aquí como Sara Telford. Vendías asesinos, Enid.'

—¿No se lo merecían?

—Son puntos de vista —respondió Brady gravemente—. ¿Por qué, luego, tomaste la personalidad de Sally Thomas?

—Quería que Howell supiese que estaba aquí. El fue el principal culpable de todo.

—Por si fuese poco, le obligaste a matar a Clancey, haciendo que regalase a su hija uno de tus muñecos. ¿No es demasiada perversidad?

—Yo me divertí muchísimo, Mark —contestó ella con inigualable cinismo.

—Pero... el muñeco, podía haber herido a otro...

—Sólo mataban a los que yo quería. Tienen en uno de los ojos una pequeña cámara de televisión; así puedo gobernarlos hasta el blanco.

—Fallaste con la periodista.

—Gracias a ti, ¿verdad? —dijo Enid, riendo desvergonzadamente.

Brady se sentía asqueado, pero se obligó a continuar el diálogo.

—También te divertiste mucho, supongo, la noche de la fiesta —dijo—. El disfraz resultó de lo más apropiado. Debajo, ¿llevabas el de Sara Telford?

Ella asintió.

—Sí. Preparé el cortocircuito para las doce de la noche y luego, cuando se apagaron los reflectores, «mordí» a Cordwain y la, Rutton. Me descuidé un poco y estuve a punto de dejarme el aparato que provocó el apagón, pero pude recuperarlo.

—¿Cómo mataste a esas dos personas?

—Oh, tenía preparadas ya agujas, escondidas en los guantes... Es como cuando quieres coger una cosa con el índice y el pulgar solamente... Resultó muy fácil.

—Demostraste una gran facilidad para asesinar. Incluso a alguien que, me parece, no tuvo la menor culpa de lo que te pasó hace cuatro años.

—¿Te refieres a Bill Dennel? —Enid hizo una mueca despectiva—. Si hubiera seguido aquí mucho tiempo, sus dos estúpidos amigos hubieran corrido la misma suerte. No merecía seguir viviendo.

Brady presintió que aquélla hermosa mujer no estaba completamente sana en el aspecto psíquico. La obsesión de la venganza había dominado en ella sobre todo otro sentimiento. ¿Lo admitiría así el tribunal, cuando fuese juzgada?

—¿Dónde tienes tu taller? —preguntó de repente.

Enid le miró oblicuamente, sin dejar de sonreír. De súbito, se arrojó sobre él y, con ambas manos, le asestó un terrible empellón en el pecho, haciéndole caer de espaldas. Acto seguido, dio media vuelta y huyó a la carrera hacia una puerta situada al fondo del vestíbulo.

Brady se levantó de un salto, pero ella había pasado ya al otro lado y cerró antes de que el joven pudiera detenerle. Brady intentó abrir, sin conseguir nada, puesto que Enid había cerrado con llave por el interior.

En aquel instante, Matthews S. Howell, situado frente a su transmisor, apretaba un botón. Sacó un pañuelo y empezó a enjugarse el sudor de la frente. La pesadilla, pensó, acabaría antes de que amaneciese.

Brady golpeó la puerta con los puños.

—¡Enid! ¡Abre! —gritó—. Abre, antes de que...

Repentinamente, se oyó un terrible alarido.

El joven retrocedió, aterrado.

—¡Enid!

Ella volvió a gritar. Era un lamento indescriptible, un chillido que no parecía salir de una garganta humana. Brady no había oído jamás nada semejante.

Al cabo de unos segundos reaccionó y, tomando impulso, se abalanzó hacia la» puerta, que saltó al segundo empellón. Entonces vio algo horripilante.

Enid estaba en una basta habitación, en la que había un par de bancos de trabajo y una mesa de laboratorio. Enloquecida por el terror, corría de un lado para otro, perseguida por media docena de muñecos de diversos aspectos, que la atacaban con saña implacable.

Brady buscó algo para atacar a aquellos pequeños monstruos mecánicos. En aquel instante, Enid se desplomó al suelo. Varios muñecos treparon sobre su cuerpo, golpeándola incesantemente con las agujas insertas en sus manos. Había sangre por muchas partes de su cuerpo, pero las heridas eran demasiado pequeñas para causarle la muerte.

Alguno de aquellos muñecos, sin embargo, debía de estar provisto de la dosis de veneno, porque ella dejó de moverse repentinamente y su piel empezó a volverse negra. En aquel momento, Brady oyó ruido en la puerta de la casa.

—¡Mark! —sonó la voz de Diana.

La muchacha irrumpió, acompañada del sargento Wyllens. Súbitamente, Brady notó cierto movimiento entre los muñecos.

— ¡Sargento, cuidado! ¡Vienen hacia aquí! —gritó.

Los muñecos parecían haber adquirido vida propia. Ahora, muerta su constructora, caminaban hacia la puerta, con un ominoso relampagueo de sus pupilas artificiales.

Wyllens sacó su revólver. Apuntó cuidadosamente y derribó a los muñecos con oíros tantos disparos. Brady se sintió infinitamente relajado.

—¿Cómo diablos se habrán puesto en movimiento? —exclamó—. ¿Qué misterioso impulso les hizo atacar a su dueña?

Diana le agarró por un brazo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, pero... —Brady señaló hacia el ennegrecido cuerpo de la asesina—. Un día se dirá que murió víctima de su propia venganza —añadió.

Wyllens intervino en aquel momento:

—Dejaré aquí un par de agentes —dijo—. Tengo que hacer algo muy importante.

Media hora más tarde, se encontraba ante un hombre que parecía haberse hundido por completo.

—Señor Howell —anunció solemnemente—, le detengo por el asesinato de Ralph Byngton, y le prevengo que todo cuanto pueda decir puede ser utilizado contra usted. Puede permanecer callado, si así lo desea, y también llamar a su abogado. Pero deberá venir inmediatamente conmigo a la Jefatura de Policía.

Howell no contestó. Abrumado por aquel desastre, totalmente inesperado, se dejó llevar sin la menor resistencia.

* * *

—De modo que, cuando le comprabas un muñeco, te vendía un asesino —

dijo Diana a la noche siguiente.

—Siempre que tuviera motivos contra ti, por supuesto —respondió Brady, sentado frente a la muchacha, en el restaurante donde estaban cenando.

—Sus criaturas se le rebelaron —murmuró ella pensativamente.

—No —contradijo Brady—. Lo hizo Howell.

—¿Howell?

—¿Eres periodista y no te has enterado? Hacía tiempo que Howell quería romper los lazos que le unían a Enid y no encontró otro medio mejor que quitarla de en medio. Pero tenía que hacerlo de forma que no sospecharan de él y preparó un transmisor de radio, cuyas ondas podían activar los mecanismos de los muñecos. Por si no lo sabías, Howell se graduó de ingeniero antes de entregarse de Heno a los negocios.

—Y ahora está en la cárcel, acusado del asesinato de Thomas.

—Será lo único que podrán probarle. Pero resultará suficiente. Encontraron el reloj en la fosa donde enterraron al esposo de Enid, y también las joyas que esta había conseguido y que, lógicamente, serán devueltas a sus dueños. —Brady sonrió— Te lucirás con el reportaje — aseguró.

—Sí, resultará interesante. Mark, ¿piensas seguir mucho tiempo todavía en Westborough 9

—¿Por qué lo preguntas, encanto?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Oh, curiosidad...

—Westborough es un lugar estupendo para trabajar sin agobios. Creo que me quedaré.

—Y seguirás con tus filosofías, supongo.

Brady sonrió maliciosamente y le guiñó un ojo.

—Diana, si olvidas que eres periodista, te confiaré un secreto —dijo.

—A ver —exclamó ella ávidamente.

—No entiendo una sola*palabra de filosofía. Soy escritor de novelas policíacas.

—¡Atiza!

—Y me va muy bien, debo añadir. Aunque, claro está, no uso mi nombre verdadero.

—Ah, un seudónimo... ¿Cuál es?

—Conocer ese secreto tiene un precio. —Brady levantó una mano—. La cuenta, por favor —pidió al camarero.

Minutos más tarde, abandonaban el restaurante. Brady llevó a la muchacha a un lugar escasamente iluminado.

—Una vez me enviaste un beso por teléfono —dijo.

—Sí, lo recuerdo.

—Nunca me han gustado los besos a distancia. —Brady abrazó a la chica y buscó su boca—. Este es el precio por conocer mi seudónimo literario — aclaró.

Diana sonrió.

—Me encantará pagar esa noticia —repuso.
—Pero es una noticia privada, para los dos solamente.
—Por supuesto, querido.
—Bien, ¿empiezas a pagar ya...?
—Cuando gustes, Mark.

FIN